

DE LA CONCURRENCIA DE LO ESPACIAL Y LO SOCIAL A LA APROPIACIÓN ESPACIAL*

ALICIA LINDÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**, IZTAPALAPA, CIUDAD DE MÉXICO
alicia.lindon@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2663-3140>

Este texto se centra en el estudio de la dimensión espacial de lo social. Aunque la vida social —y la vida misma en sentido amplio— está eminentemente espacializada, una paradoja del pensamiento social ha sido el desarrollo de extensas y fecundas aproximaciones realizadas por las ciencias sociales notoriamente aespaciales. Dicho en otros términos, ha sido frecuente omitir la dimensión espacial de lo social o en el mejor de los casos negarle relevancia bajo el supuesto —casi siempre implícito— de que la espacialidad sólo da cuenta de una referencia empírica no problematizable. Parafraseando a Michel Foucault (1984), se puede señalar que la omisión del espacio en las sociedades de la modernidad y en las teorías para explicarlas, no ha sido ajena a la “centralidad” que en estas sociedades adquirió el tiempo, permitiendo construir ideas verdaderamente rectoras de la modernidad de carácter fuertemente temporal. Éste es el caso de la célebre idea de progreso, pero también de otras como la movilidad social ascendente o el proyecto de futuro. En cierta forma, esto tampoco termina de aclarar la ausencia de la espacialidad, si se tiene en cuenta que la filosofía desde tiempo atrás, pero también la contemporánea, ha advertido sobre el carácter indisociable del tiempo y el espacio.

Actualmente, es cada vez más aceptado que la invisibilización de la dimensión espacial de lo social implica mutilar lo social que se pretende comprender. Así es que, para las ciencias sociales que asumen esta postura y deciden colocar en el centro de la reflexión la relación entre el espacio y la sociedad, o la dimensión espacial de la sociedad, resulta de suma utilidad revisar la teoría geográfica, pues en términos contemporáneos si una disciplina social se ha construido enteramente en torno al estudio del espacio y la espacialidad, es precisamente la geografía.¹ Aun así, muchos científicos sociales interesados en la dimensión es-

* Una primera versión de este artículo apareció en: Enrique de la Garza Toledo / Gustavo Leyva (coords.): *Tratado de Metodología de las Ciencias Sociales. Perspectivas Actuales*. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.

** Área Académica Sociología de la Cultura, Departamento de Sociología.

¹ Esto no niega que existen otros aportes teóricos valiosos en las ciencias sociales que abordan el espacio. Por ejemplo, la naciente sociología urbana de la Universidad de Chicago en la segunda década del siglo xx. Pero también existen otros aportes valiosos que teorizan el espacio,

pacial de lo social han hecho caso omiso del devenir geográfico, sobre todo por los viejos prejuicios que conciben a esta disciplina asociada con la descripción de la superficie terrestre. Sin duda alguna este enfoque —el que soslaya los avances de la geografía contemporánea en torno al espacio— hace más largo el proceso para dilucidar lo espacial. Por otro lado, la geografía en muchos casos no se ha acercado a la teoría social² lo suficiente, con lo cual tampoco ha contribuido a la construcción de esos puentes. La revisión y reconstrucción de la historia de esos acercamientos y distanciamientos, entre la geografía y las otras ciencias sociales, constituye una empresa en sí misma³ que va mucho más allá del objetivo de este trabajo. Sin embargo, cabe señalar estas cuestiones porque el tratamiento que se realiza en las páginas siguientes sobre las formas de abordar la relación espacio/sociedad en las ciencias sociales se posiciona en el desarrollo de la cuestión que se ha realizado desde la geografía, al menos desde aquella parte de la disciplina abierta a la teoría social y hacia las ciencias sociales en sentido amplio. En esta perspectiva de la geografía abierta a lo social, cabe recordar un planteamiento de ruptura de los años sesenta formulado por la geógrafa francófona Renée Rochefort,⁴ con la que daba inicio a una postura diferente —la geografía social— dentro de la propia disciplina y en la teorización del espacio. La célebre frase versaba: “la geografía social comienza con la inversión del orden de los factores [entre el espacio y la sociedad], una inversión del interés” (Rochefort, 1963: 20).⁵ El asunto de fondo que se ponía a discusión con esta geografía social francófona naciente, era precisamente que para estudiar la dimensión espacial de lo social, había que empezar por lo social. Este planteamiento se enfrentaba así a las posturas más espacialistas y, no pocas veces, casi deterministas del espacio de cara a lo social, o al menos aquellas que relegaban lo social a un segundo plano para enfatizar el espacio aun cuando fuera entendido en sentido amplio, es decir, como un modelado del ser humano y también con todas sus declinaciones (el espacio como región, lugar, territorio, etc.). Este tipo de discurso geográfico

más allá de la geografía. Como es el caso de la ecología cultural (Rapaport, 1980), o la reciente sociología espacial (Gieryn, 2000).

² Se utiliza la expresión teoría social o sociológica en el sentido que le otorga Danilo Martuccelli, es decir: “es una herramienta de trabajo que tiene dos funciones fundamentales. La primera es que debe ayudarnos a confrontar los grandes problemas sociales de un periodo, y en este sentido, por supuesto, toda teoría social es históricamente situada. Y en segundo lugar, porque toda teoría es una manera de mirar el mundo, tiene que ser una fábrica de producción de preguntas y de problemas. La buena teoría es, pues, aquella que permite enfrentar los desafíos históricos de un momento social, al mismo tiempo que produce una serie de nuevos problemas intelectuales” (2009: 2-3).

³ Para el análisis de esa relación nos remitimos a Chivallon (2000).

⁴ Si bien Renée Rochefort desarrolló ideas innovadoras y es una de las pioneras de la geografía social, es innegable que no ha sido suficientemente valorada en el contexto de la geografía francófona, cuyas grandes voces reconocidas —al menos, hasta tiempos más o menos recientes— han sido las de los “geógrafos” (en género masculino), y más allá de las fronteras del pensamiento geográfico francófono, hasta ahora es literalmente poco conocida.

⁵ La autora empieza a desarrollar este planteamiento desde los años cincuenta, en su investigación doctoral sobre lo laboral en Sicilia (Rochefort, 1961).

—una invitación a prestar más atención a lo social para comprender el espacio— sin duda era una innovación para la disciplina y, por lo que nos atañe en esta ocasión, era una clara invitación a pensar el espacio desde una geografía social que se asumía en el concierto de las ciencias sociales. Una forma de sopesar el carácter innovador de esta propuesta es recordar que en ese momento aun resonaban con fuerza en la geografía francófona las palabras formuladas por Vidal de la Blache a inicios del siglo xx, según las cuales “la geografía es la ciencia de los lugares y no de los hombres”.⁶ Pero también diversas posturas posteriores a la vidaliana —francófonas y de otras tradiciones— han asumido que la geografía es, antes que nada, la ciencia del espacio.

Frente a estas visiones, el mérito de René Rochefort se ubica en su carácter pionero y desafiante, más aun en un contexto académico (el de la geografía francófona) marcado hasta ese tiempo de manera intensa por la herencia vidaliana (la ciencia de los lugares). Esto no niega el reconocimiento de muchas otras voces —usualmente posteriores— de la geografía francófona y también de la anglosajona e iberoamericana, que han hecho señalamientos con este mismo horizonte, incluso más refinados. Por ejemplo, la propuesta de “la dimensión espacial de lo social” (Lévy, 1994; Séchet, 1998; Ripoll, 2006; Veschambre, 2006).

En los años que siguieron al planteamiento de René Rochefort, si bien la geografía se interesó crecientemente por lo social —por ejemplo en las desigualdades sociales analizadas espacialmente, la división del trabajo también espacializada, entre otros temas notoriamente sociales y de sensibilidad social— es relevante notar que no profundizó lo suficiente en las concepciones posibles de lo social. Antes bien, lo social se integró en la geografía a partir de las problemáticas sociales. De esta forma, la concepción de lo social se remitió sin mucha discusión a la idea de estructura social, otras veces a la de estratificación social o simplemente a la consabida población, en todas sus declinaciones. En estricto sentido, para la geografía de los sesenta y setenta el avance teórico más relevante sobre lo social fue el de transmutar el concepto universal de *hombre* o ser humano al de *estructura social*, lo que implicaba reconocer que si bien todos somos seres humanos, estamos insertos en estructuras sociales que implican distintas posiciones y diferentes abanicos de oportunidades, con consecuencias encadenadas en todos los aspectos de la vida. Esto fue un paso adelante respecto de la concepción universal del ser humano que había prevalecido hasta ese momento. Aunque al mismo tiempo no dejó de ser insuficiente por su sesgo estructural.

Así es que los avances en la teoría geográfica se dieron en torno a las diversas concepciones del espacio y no así en relación con lo social. Este devenir puede resultar paradójico desde la perspectiva de aquellas voces tempranas —como la citada— que advertían sobre la centralidad de lo social. Aunque, desde la más fuerte tradición geográfica (“la geografía como ciencia de los lugares”) lo

⁶ Sin duda alguna esa expresión, cara para Vidal de la Blache, pasó a la historia del pensamiento geográfico como una marca imborrable y más de una vez se ha olvidado el contexto en el que se pronunció: la búsqueda de Vidal de deslindar la geografía que él iniciaba de la vecina sociología durkheimiana, con tanto auge y fuerza institucional como la geografía vidaliana.

esperado era precisamente que se profundizara en el concepto de espacio y espacio geográfico, mientras que lo social se tomaba de la sociología, o más aun de cierta sociología más legitimada, sin profundizar demasiado en los presupuestos sociológicos. Esta posición de poca inmersión en la concepción de lo social dejó abiertos canales por los que penetraron algunos sesgos que terminarían afectando las concepciones sobre el espacio. El sesgo espacial favoreció un desarrollo teórico desequilibrado entre los avances geográficos más fuertes sobre el concepto de espacio y más débiles respecto de la concepción de sociedad.

Los cambios en los que se ve inmersa la geografía humana, y que vienen denominándose actualmente giros,⁷ traen consigo la posibilidad de realizar una nueva inversión del orden de los factores en relación con las dimensiones de lo social y lo cultural que —más allá de su relevancia dentro de la investigación geográfica— contribuye a la integración de estos aportes en la investigación de las ciencias sociales en sentido amplio. Esto es particularmente relevante en aquella geografía que de una forma u otra, en un caso u otro, se formula interrogantes derivadas de problemas clave de la teoría social, como son la producción y reproducción social. Una de las formas de concebir esta nueva inversión del orden de los factores, para continuar con la célebre frase de Rochefort, es como un tránsito de la concepción de lo social como un agregado (como es el caso de la población, aunque no exclusivamente) hacia concepciones de lo social en términos de sujetos sociales territorializados, entendidos como agentes activos, capaces de transformar la sociedad, aunque también con constricciones sociales.

Otra inversión del orden de los factores de esta geografía humana abierta a las ciencias sociales se puede perfilar desde lo cultural: de la regencia de la cultura material, a la inclusión de lo inmaterial junto a lo material,⁸ y todo ello

⁷ Desde los años noventa, la geografía se ha interesado crecientemente por interpretar las transformaciones recientes más intensas de la disciplina a través de la expresión “giros”. Esta expresión no ha constituido una innovación de la geografía, sino un vocablo tomado de las otras ciencias sociales y la filosofía contemporánea y resemantizado dentro de la disciplina. Inicialmente este vocablo se empleó en la filosofía en relación con “giro lingüístico”. En la medida en que fue avanzando la segunda mitad del siglo xx, este vocablo se fue integrando en las diversas ciencias sociales con nuevas adjetivaciones que le otorgan matices diferentes. Por ejemplo, en la geografía se empezó a utilizar adjetivado con lo cultural, se postuló así un giro cultural. Luego se fueron planteando otras variantes: giro narrativo, giro pictórico, giro relativista, giro biográfico. Al respecto cabe citar una interpretación del asunto ofrecida por el geógrafo francófono Jacques Lévy, quien publicó en 1999 un libro cuyo título ha sido *El giro geográfico*. Años más tarde, este geógrafo ha observado que los giros en la geografía actual se relacionan con tres cuestiones. Una de ellas son las transformaciones en el mundo que se pretende comprender y que obligan a realizar cambios en las aproximaciones geográficas. Otra es el giro de las otras ciencias sociales hacia la geografía, por el redescubrimiento de la dimensión espacial en el resto de las disciplinas sociales. Y otra resulta de las transformaciones en la propia geografía humana al acercarse a las otras ciencias sociales y a algunos de sus interrogantes actuales más relevantes (Lévy, 2000).

⁸ Si la regencia de la cultura material ha sido fuerte en cierta parte de la antropología, en el caso de la geografía humana ha resultado avasallante, e igualmente limitante, porque esa materialidad cultural fue la puerta más sencilla para reflexionar sobre el espacio, también entendido como realidad material.

desde el punto de vista del sujeto territorializado, que en su actuar articula lo material y lo inmaterial. Por otro lado, esta inversión del orden de los factores en el ámbito de lo cultural permite evitar la salida frecuente de reducir lo cultural a una estructura, y darle así centralidad al actor creativo, aunque al mismo tiempo condicionado y limitado tanto social, como cultural y espacialmente. Por ello, el desafío actual de realizar una nueva inversión del orden de los factores entre lo social y cultural, para estas teorías geográficas, pasa por comprenderlos como construcciones sociales que se recrean permanentemente de manera consensuada y negociada entre diferentes actores, y al mismo tiempo en conflicto con otros.

Con este contexto, las reflexiones que se plantean en este texto se organizan en cuatro apartados:⁹ en el primero se revisan algunos de los avances teóricos más recientes de la Geografía en torno a la concepción de espacio. Este apartado repasa así, lo que esta Geografía más o menos abierta a las Ciencias Sociales puede ofrecer sobre el concepto de espacio. La segunda parte aborda algunos de los caminos que parecen más fructíferos sobre la forma de concebir lo social cuando se busca comprender la dimensión espacial de lo social. En la tercera parte se revisitan algunas de las alternativas geográficas constructivistas fundadas en parte de las revisiones previamente tratadas de lo social y lo espacial, que concurren con la Teoría Social actual,¹⁰ explorando nuevas interpretaciones de la producción y reproducción en clave socio-espacial. Por último, se presenta un apartado sobre el desembarco de todo lo anterior en el estudio de la apropiación espacial, para cerrar con unas reflexiones finales.

LA REFLEXIÓN SOBRE LA CONCEPCIÓN ESPACIAL

La teorización acerca del espacio producida por la geografía, en parte resulta de perspectivas que más o menos asumen a la disciplina como ciencia del espacio. Por otro lado, también ha surgido de otras concepciones cercanas al alegato por invertir el orden de los factores, así como a las aproximaciones fundadas en el reconocimiento de la indisociabilidad del espacio y de la sociedad. Dicho de otra forma, unas teorizaciones geográficas sobre el espacio derivan de la mirada centrada en el espacio —por ejemplo, la que plantea Roger Brunet (1986)— y otras, resultan de posturas que le dan primacía

⁹ Se recurre a la relación “texto-contexto” en el sentido hermenéutico.

¹⁰ Se retoma aquí la expresión teorías e interpretaciones concurrentes de lo social de Bernard Lahire (2006), es decir, en el sentido de búsquedas teóricas y metodológicas no eclécticas en sentido amplio, pero que permitan comprender la pluralidad del mundo actual. Por ello, la versión aquí ofrecida de la “concurrency teórico-metodológica” se refiere a aquellas teorías geográficas que asumen interrogantes clave de la teoría social, para producir nuevas lecturas de la producción y reproducción socio-espacial.

a lo social, o al sujeto-habitante¹¹ y a la acción, con su capacidad para hacer y rehacer el espacio (Gumuchian *et al.*, 2003: 28; Séchet, Garat y Zeneidi, 2008: 8), que en los últimos años tienden a sintetizarse en la expresión “la dimensión espacial de lo social”.

Las primeras tienen una historia más extensa en la disciplina y sus elaboraciones han sido las más difundidas. Una revisión detallada de este curso del pensamiento geográfico conduciría a una obra en sí misma. Por eso, aquí lo hacemos de manera parcial y considerando sólo aquellos aportes que se articulan más con la investigación en ciencias sociales en sentido amplio. Las segundas, sin duda alguna, pueden dialogar de manera más fluida con la investigación en ciencias sociales, y al mismo tiempo son las que emergen de estas geografías que se acercan y se nutren de los debates actuales de las ciencias sociales. Éste es el caso de las geografías que asumen los desafíos e interrogantes acerca de la integración del individuo/sujeto/actor¹² en la espacialidad.

En esta perspectiva, a continuación, se consideran tres concepciones del espacio que han estado presentes —muchas veces de manera implícita— en casi todas las teorías geográficas producidas durante la mayor parte del siglo xx. Una de ellas es la que ha concebido el espacio en términos relativos, como localización. Otro camino es aquel para el cual el espacio es una producción social e histórica. Y por último, están las concepciones para las cuales el espacio es una construcción social.

La concepción del espacio como localización

Las teorizaciones del espacio de raigambre más espacialista, surgieron y se consolidaron en la búsqueda de posibles formas de traspasar el umbral que representaba la concepción clásica del espacio, entendido como región natural o como región con un fuerte peso natural, o *milieu*. Aquella concepción naturalista del espacio no contribuía al acercamiento de este pensamiento con las ciencias sociales. Más bien colocaba a la geografía (y todos sus aportes) en la posición que se conoció como el puente entre las ciencias naturales y las ciencias sociales.¹³ Así, hacia mediados del siglo xx, fue quedando atrás la perspectiva según la cual el espacio se concretaba en toda región natural, y fue avanzando la concepción locacional del espacio. Esta perspectiva ha sido

¹¹ Tan relevante se ha constituido la referencia al habitar y al habitante en las geografías constructivistas contemporáneas, que Thierry Paquot, Michel Lussault y Chris Younès dedican una obra reciente a reflexionar acerca de la diferencia entre “el habitar” y el hábitat, tomando el camino del habitar con las raíces heideggerianas (Paquot, Lussault y Younès, 2007).

¹² Bajoit (2008), refiere a esta trilogía a través de la sigla ISA (individuo/sujeto/actor).

¹³ En esta ocasión no nos detendremos en el análisis de esta concepción decimonónica porque —aunque posee relevancia en sí misma— esa tarea nos alejaría del objetivo del texto, que es reflexionar sobre las concepciones espaciales afines a las ciencias sociales interesadas en la dimensión espacial, y también integradas en la geografía humana más abierta a las ciencias sociales actuales.

identificada como la concepción del espacio en términos relativos, caracterizándose también por un notorio trasfondo geométrico (Bailly y Beguin, 2000). En última instancia el espacio relativo —o concepción locacional del espacio— daba cauce a la pregunta geográfica más simple: el *dónde*.

Una de las principales virtudes de este tipo de aproximación radicó en permitirle a la disciplina —y al análisis espacial que de ella emanaba— participar desde los años cincuenta-sesenta del siglo xx, en el auge de los métodos cuantitativos y acercarse a algunas disciplinas sociales, tales como la economía. Esa inmersión en los métodos cuantitativos deriva del principio locacional que permite ubicar puntos en un plano (como referencias simplificadas de los lugares) y establecer mediciones entre esos puntos, por ejemplo, distancias. Se hacía posible así, medir distancias en costos, en tiempo; medir niveles de concentración de personas en ciertos puntos, concentración de capital, de bienes, infraestructura, economías de aglomeración, así como calcular tiempos y costos de desplazamientos entre puntos. Esas mediciones, por su parte, hicieron posible la comparación entre pesos de los diversos lugares analizados,¹⁴ establecer jerarquías y redes de lugares según la intensidad de los vínculos y los intercambios. Todo ello representó una forma de pensar el espacio que resultaba muy afín a las aproximaciones cuantitativas y también factible de articular con el diseño de políticas territoriales. Incluso, de la mano del desarrollo de este pensamiento espacialista surgen y adquieren cierto renombre algunos ámbitos del saber que llegan a plantearse como nuevas ciencias o, al menos, como ámbitos que están por encima de las disciplinas involucradas en esto (como ha sido el de la geografía). Dos casos muy conocidos dentro de esta deriva científica fueron el de la denominada ciencia regional (Isard, 1956; 1960; 1975) y el de los estudios urbanos.¹⁵ Estos últimos terminaron adquiriendo una relevancia mayor en América Latina y lejos de distanciarse de la geografía y las otras ciencias sociales que les dieron origen, más

¹⁴ A partir de esta idea se fue construyendo una serie de teorías y teorizaciones espaciales conocidas bajo el nombre de “modelos gravitacionales”, “sistemas de ciudades”, entre muchos otros, que se retroalimentaron de la teoría general de los sistemas de Bertalanffy de los sesenta (1976). Todas estas aproximaciones finalmente eran derivadas de la teoría del lugar central (*Central Place Theory*) desarrollada por el geógrafo alemán Walter Christaller, cuya primera publicación data de 1933 y en ella se plantea la modelización de la distribución (distancias) de los lugares centrales de diferentes rangos en un espacio isotrópico. Los lugares centrales (ciudades) se definen en función de la oferta de servicios y la “atractividad” para las empresas y para la población. Por su parte, la teoría del lugar central tiene antecedentes en los inicios del siglo xx en la teoría de la localización industrial de Alfred Weber, de 1909, en la cual se proponía un modelo matemático para identificar la localización óptima de una industria atendiendo a los costos, primero sólo los de transporte y luego también integró los de las materias primas, salarios y las economías de escala.

¹⁵ En estricto sentido son dos casos diferentes ya que Walter Isard proclamó el nacimiento de una nueva ciencia que denominó ciencia regional, y se asumía como su fundador. En realidad no era más que un híbrido de geografía económica y economía espacial. En el caso de los estudios urbanos no es posible identificar alguna figura que se haya atribuido la fundación del campo. Por otro lado, esta área nunca negó a las disciplinas tributarias (geografía, economía, sociología, sobre todo) sino más bien, buscó las miradas transdisciplinarias.

bien se desarrollaron como un campo de diálogo de las distintas ciencias sociales que buscan comprender el fenómeno urbano con la espacialidad que le es inherente. Para este campo del saber, el espacio emergía claramente como clave explicativa de diversos fenómenos urbanos.

*La concepción del espacio como
producto social*

Desde los años setenta comenzaron a cultivarse en la geografía otras formas de concebir el espacio, mismas que permitieron nuevas formas de análisis espacial. Así se fue desarrollando la perspectiva que ha concebido el espacio como un producto social, manteniendo un importante énfasis en lo material. Cabe subrayar que en este camino la materialidad física no es de tipo locacional (euclidiana como la previa), sino que lo material es concebido como una producción histórica. En esta concepción, el espacio adquiere un papel central en tanto expresión concreta y tangible de lo realizado por una sociedad en un momento histórico dado y que siempre será heredado socialmente a las generaciones por venir. Es el carácter material lo que le otorga la posibilidad de perdurar en un tiempo, que será más o menos extenso según la materialidad de que se trate. A esas formas espaciales del pasado que perduran como parte del presente, Milton Santos —una de las voces clave de esta perspectiva—¹⁶ las denominó rugosidades. Seguramente que con esta noción —con un sentido metafórico— se enfrentaba la concepción relativa del espacio, en la que el sustrato era de tipo geométrico e isotrópico. Para la concepción relativa, el espacio era un plano que si llegaba a diferir de un punto a otro era porque en unos lugares había más elementos acumulados que en otros. A diferencia de ello, la concepción santosiana, por la vía de las rugosidades, destacaba la profundidad y los “pliegues” del espacio que contienen muchos pasados y coexisten en él.

Por otra parte esa materialidad del espacio que es heredada a otras generaciones, coloca a cada sociedad ante el desafío de integrarla con otras formas espaciales de temporalidades posteriores (y también anteriores) y con las formas de vida presentes, o decidir diversos cursos de acción de cara a esa espacialidad heredada e insoslayable. Esos cursos de acción suelen definirse en términos de la refuncionalización del espacio, la patrimonialización, la destrucción del patrimonio o del entorno, como algunas de las estrategias más usuales.

¹⁶ Milton Santos constituye uno de los grandes exponentes de esta concepción, sobre todo desde la vertiente latinoamericana e incluso francófona. Sin embargo, analizando el asunto desde el pensamiento anglosajón, tal vez la voz más destacada es la de David Harvey.

En este tipo de camino y pensando el tema desde América Latina, el papel clave lo jugó Milton Santos. Para este geógrafo brasileño —tantas veces identificado como ciudadano del mundo— “el espacio constituye una categoría histórica que da cuenta de un conjunto de formas espaciales representativas de relaciones sociales pasadas y presentes, integradas en una estructura social” (Santos, 1990). Sin duda alguna el pensamiento de Santos contribuyó de manera rotunda al diálogo de las concepciones espaciales producidas en la geografía con las otras ciencias sociales, y al mismo tiempo sus propios desarrollos teóricos se retroalimentaron constantemente tanto de la filosofía como de la teoría social y de la teoría económica.

La concepción santosiana del espacio representó un avance teórico considerable, aun cuando no vino acompañada de un despliegue técnico como ocurrió con las concepciones de bases euclidianas. Aun así, a pesar de sus méritos, parece conveniente revisar un sesgo que ha llevado consigo este desarrollo y que seguramente no es ajeno a las fuentes del pensamiento santosiano, por un lado la geografía clásica francesa (en la cual la región natural siempre pesó considerablemente) y, por otro lado la teoría marxista. Este sesgo puede expresarse como el entendimiento del espacio como “cosa”. Seguramente este matiz tampoco es independiente de la “pesadez de las formas espaciales” —como señalara Lacarrieu (2007) en relación con los estudios urbanos en particular— tan característica de la geografía y de otras teorizaciones del espacio. También cabe suponer que este sesgo hacia lo material del pensamiento santosiano podría constituir una expresión de la vieja centralidad que tuvieron las formas materiales en la geografía física, filtrada en la geografía humana aunque reelaborada a lo largo del siglo XX en términos de formas materiales construidas por el ser humano. Algunos geógrafos actuales han planteado que este “sesgo materialista” de la disciplina (Lussault, 2007a: 70) ha sido un lastre que, entre otras cuestiones, ha dificultado el posicionamiento de la geografía en el concierto de las ciencias sociales.

Este énfasis materialista que impregna la concepción del espacio como producción social, amerita ser revisado y sometido a reflexión por presentar un cierto matiz reificador del espacio. Este geógrafo latinoamericano se empeñó en construir una geografía al mismo nivel que las otras ciencias sociales. Buscaba una geografía que fuera capaz de dialogar con esos otros campos del saber cercanos, es decir una ciencia que desarrollara una reflexión teórica intensa acerca del espacio como objeto de estudio de la disciplina, dejando atrás aquella vieja geografía apegada a la descripción y carente de teoría. Sin embargo, en este desarrollo resulta significativo que no dudara en defender la tesis del espacio entendido como un hecho social, incluso haciendo referencia explícita a Émile Durkheim. Al respecto, cabe recordar que en su conocida obra *Las reglas del método sociológico* (1994), cuya primera edición es de 1895,¹⁷

¹⁷ Recordemos la fascinación del joven Durkheim por el método científico, que indudablemente en ese momento generaba gran interés en muchos célebres pensadores. Aunque también

el sociólogo francés planteó su célebre primera regla acerca de los hechos sociales, señalando que deben ser tratados como cosas. Tal fue la controversia que esta idea impulsó en el mundo intelectual de la época, que el propio Durkheim tuvo que escribir algunos años después un prefacio a la segunda edición del mismo libro, reconociendo que esta idea de tratar los hechos sociales como cosas había promovido “varias controversias”. Allí intentó aclarar qué sentido le otorgaba al tratamiento de los objetos de la ciencia como cosas: Durkheim concebía los hechos sociales con existencia anterior al individuo, y por eso los veía de manera externa al individuo y como mecanismos de coerción, de allí el carácter de cosas.

Más allá de cuánto pudo el propio Durkheim y sus seguidores justificar un asunto tan ríspido, lo cierto es que desde la sociología de finales del siglo XIX hasta la contemporánea, se han escrito innumerables críticas a esta idea de Durkheim y algunos pocos intentos de defensa de aquella posición tan controvertida. Reconstruir las críticas al concepto de hecho social de Durkheim ameritaría la escritura de un nuevo libro, porque en esencia ha sido una de las ideas más revisadas —y descalificadas— del pensamiento social desde las postrimerías del siglo XIX a la actualidad. Incluso, no se debería olvidar que en 1967, uno de los teóricos sociales contemporáneos más destacados y reconocidos a nivel internacional, como es Anthony Giddens, parafraseó el viejo título del libro de Durkheim en su libro *Las nuevas reglas del método sociológico*, en donde lo “nuevo” (anunciado en el título) radica en partir de la idea inversa a la de Durkheim en las (viejas) *Reglas...*, como es la centralidad de la acción. Entre muchas otras observaciones, en ese texto, Giddens plantea —con una sólida y fundamentada argumentación— que el funcionalismo de Durkheim y Parsons (este último fue el continuador del funcionalismo durkheimiano, pero americanizado) “resulta defectuoso” (Giddens, 1993: 22) o que “en el marco de referencia de la acción de Parsons, no hay acción” (Giddens, 1993: 18). La ausencia de la acción en el esquema teórico necesariamente implica la ausencia del actor o del sujeto.

Posiblemente para buena parte del pensamiento teórico acerca del espacio esta discusión en torno a los hechos sociales de Durkheim y la crítica contemporánea que desarrolla Giddens a las (viejas) *Reglas* en sus *Nuevas reglas*, pueda carecer de interés o estar desvinculada de la espacialidad y del análisis espacial. No faltarán los geógrafos que no reconozcan algún valor geográfico en este debate, por tratarse de una discusión puramente sociológica. Sin embargo, podría no resultar tan tangencial a la geografía actual y a la teorización sobre la espacialidad, si consideramos que una parte de la teorización contemporánea sobre el espacio ha integrado estas ideas acerca de los hechos sociales, tan descalificadas en la disciplina que les dio origen, la sociología.

se puede recordar que Henri Bergson fue parte de la misma generación intelectual de Durkheim (incluso en la Escuela Normal Superior de París), y lejos de sentirse atraído por estas ideas, fue quien en ese tiempo dio una de las batallas más fuertes contra el racionalismo.

Por ello resulta muy significativo que a finales del siglo xx, una de las geografías más reconocidas por sus aspiraciones teóricas acerca del espacio —como la santosiana— al realizar su gran propuesta teórica sobre el concepto de espacio,¹⁸ retome este punto de partida. Dicho sea de paso, Santos se confronta con la geografía de la acción (que resulta afín a la perspectiva giddensiana de las *Nuevas reglas*). En particular, Santos despliega sus críticas sobre la geografía de la acción del geógrafo alemán Benno Werlen (Santos, 2000: 71-74).¹⁹ Entre otras cuestiones, la crítica de Santos se construye por la postura de Werlen de otorgarle centralidad a la acción sobre el espacio, lo que no deja de ser una forma actual de asumir el planteamiento pionero de Renéé Rochefort: primero lo social y luego el espacio.

Así resulta significativo que a finales del siglo xx, la geografía santosiana regrese sobre las viejas y criticadas ideas de Durkheim: aun en *La naturaleza del espacio*²⁰ (su última gran obra teórica sobre el espacio) Milton Santos destacó enfáticamente el pensamiento durkheimniano sobre los hechos sociales, cuestión que ya había planteado en las postrimerías de los setenta en *Por una nueva geografía* (1990).²¹ De esta forma, la perspectiva del espacio como un producto social desarrollada por Milton Santos se articuló con la idea del hecho social durkheimniano, porque en última instancia es una concepción del espacio en términos materiales, aun cuando sea una materialidad producida históricamente. Finalmente, esto nos regresa a la observación reciente de Michel Lussault (2007a) sobre la tendencia materialista que acompaña a la geografía y que termina siendo su propio límite.

En la búsqueda de miradas más amplias con las cuales contrastar esta defensa geográfica santosiana de los hechos sociales durkheimnianos, resulta pertinente citar las palabras de Daniel Cefai (2007: 5), quien al realizar una semblanza de Isaac Joseph, muestra que entre los méritos de este autor estuvo el de haber “contribuido a la exhumación de Tarde y Simmel, autores malditos de la sociología francesa, erigidos en antídotos de Durkheim”.²² Nos resulta significativo que la sociología contemporánea con fuerte interés en el espacio —como es el caso de Joseph— haya realizado importantes aportes a partir de la crítica a Durkheim, particularmente al joven Durkheim que escribiera las

¹⁸ Cabe tener en cuenta que Milton Santos buscaba construir una *teoría geográfica* al nivel de la teoría social más reconocida.

¹⁹ Benno Werlen viene desarrollando esta geografía de la acción desde finales de los años noventa, y ha sido publicada a través de diversas obras, entre ellas: Werlen, 1993.

²⁰ Cuya primera edición en portugués es de 1996. La segunda, en el mismo idioma, es de 1997. La versión en español es de 2000.

²¹ La primera edición en portugués es de 1978.

²² Isaac Joseph realiza esta “exhumación metafórica” del pensamiento de Gabriel Tarde y Georg Simmel como antídotos de Émile Durkheim, desde 1984, cuando publica *Le passant considérable*, obra que en 1988 se publicara en español (por Gedisa) bajo el título *El transeúnte y el espacio urbano* (Joseph, 1988), la misma perspectiva la sostiene en obras posteriores. Esto muestra contemporaneidad con Milton Santos, aunque el geógrafo eligiera —aun en los años noventa del siglo xx— el camino durkheimniano tan criticado.

Reglas del método, y que un siglo después esos planteamientos durkheimianos sirvieran de inspiración a Milton Santos. En suma, este posicionamiento de Santos —uno de los principales geógrafos contemporáneos— es significativo en relación con nuestra hipótesis acerca del débil tratamiento de lo social que ha caracterizado a la teoría geográfica y que termina siendo fuente de reificación del espacio.

*Las concepciones del espacio como
construcción social*

Los giros de la geografía humana actual hacia las otras ciencias sociales, y de estas últimas hacia el espacio (Lévy, 1999; 2000), no sólo están promoviendo la reconstrucción del edificio teórico en torno al espacio, sino que en esa tarea se hace explícito el interés por evitar las reificaciones del espacio del pasado, sin por ello negar la componente material que forma parte de él. Para evitar la reificación del espacio, las apuestas teóricas realizadas por las geografías que le dan centralidad a lo social (lo que al inicio de este apartado denotamos como una segunda línea geográfica de conceptualización del espacio), particularmente a lo social en términos del sujeto, pueden resultar de máximo interés.

Por cauces diferentes a las comentadas tendencias de cuño materialista y locacional, en las últimas tres décadas se han desarrollado teorías geográficas acerca del espacio y de la espacialidad que han realizado un lento deslizamiento desde la concepción del espacio como un producto social,²³ hacia concepciones como la del espacio vivido, experimentado y más recientemente, construido socialmente. En todos los casos, detrás de este deslizamiento ha estado (y sigue estando) presente la preocupación que Godelier (1989) planteara tan lúcidamente: “la realidad no sólo es lo material, sino también lo ideal que está intrínsecamente unido a lo material”.

Dentro de estas perspectivas geográficas interesadas por incluir lo “ideal” como parte de la realidad geográfica, se halla la vertiente que ha trabajado arduamente en torno al concepto de espacio entendido como vivencia, como representación, como experiencia, como lugar y construcción social. En este camino y dentro del pensamiento francófono se puede destacar la voz temprana de Antoine Bailly, quien ha afirmado que la reflexión filosófica acerca del papel de lo imaginario y lo simbólico que se integra en nuestras prácticas es necesaria (Bailly, 1989), para comprender el espacio. También se destaca la voz pionera de Armand Frémont (Frémont, 1999; Frémont *et al.*, 1984) en el

²³ Asimismo se puede considerar que las representaciones del espacio legitimadas (la cartografía) se fundan en la visión a vuelo de pájaro, que en última instancia es una visión del espacio desde “fuera”.

mismo sentido. Por su parte, Bailly ha advertido que éste es el camino para que la geografía vuelva a encontrar la condición humana que perdió cuando decidió seguir las pistas de la geometría, camufladas bajo el manto de lo locacional.

Esta perspectiva —del espacio como experiencia o vivencia— lleva consigo dificultades metodológicas ampliadas porque su estudio requiere la perspectiva del sujeto que lo experimenta: no es posible analizar el espacio así concebido desde fuera del sujeto (Lindón, 2008). En este sentido, algunas voces fuertes de la geografía más actual han señalado claramente esta cuestión: “La geografía no se puede contentar con tomar en cuenta a los grupos sociales, también debe anclarse en el sujeto, el individuo, la persona, el actor” (Di Méo y Buléon, 2005: 39). En estos términos, resulta básico reconocer que el espacio no puede ser reducido ni a una localización (“el dónde” en su versión más pura), ni tampoco a la obra o el producto material de una sociedad o de un grupo social, producto que siempre será observable y medible desde afuera. Por ello, estas concepciones reviven —de maneras peculiares— el viejo alegato de René Rochefort: primero lo social y luego el espacio, porque no sería posible comprender el espacio vivido, percibido, imaginado, representado, experimentado sin empezar por quien lo vive, lo imagina, lo experimenta.

La concepción del espacio como experiencia ha sido cultivada inicialmente dentro del pensamiento geográfico anglosajón desde los años setenta por voces tan destacadas como las de Yi-Fu Tuan y Anne Buttimer (Tuan, 1977; Buttimer y Seamon, 1980), fundadores de lo que se ha conocido como geografía humanista o humanismo geográfico. No obstante, se pueden identificar antecedentes tanto entre el pensamiento anglosajón (John K. Wright y David Lowenthal a finales de los años cuarenta e inicios de los sesenta, respectivamente) como en el francófono (Eric Dardel, en los años cincuenta). El geógrafo chino-americano Yi-Fu Tuan viene a constituir uno de los pilares fundacionales en cuanto a la dimensión sensible, sensorial, perceptual del espacio entendido como experiencia del individuo. Este énfasis no lo hizo soslayar la componente racional, el pensamiento y la memoria, como parte de dicha experiencia (Tuan, 1977). De igual forma, también será Tuan uno de los principales geógrafos que inician la reconstrucción del concepto de lugar. Si bien este concepto siempre fue parte del pensamiento geográfico será a partir de Tuan que adquiera una serie de características adicionales: No sólo será una forma de referir un sitio muy específico —a diferencia del concepto de espacio, que Tuan asocia con la amplitud, la falta de límites y la libertad— sino también aparece la carga de significados que el individuo le otorga a partir de lo allí experimentado. Asimismo, para Tuan el lugar llega a ser tal por lo que la memoria le otorga (1975). Por eso, Tuan ha observado que los ingenieros pueden construir localizaciones, pero es necesario el tiempo para construir lugares (1996: 455).

Tal vez uno de los conceptos y entradas analíticas más fructíferas que resultan de su obra es la *topofilia*, entendida ésta como el apego del individuo por los lugares. La topofilia será una de las posibles formas de dotar de significado a un

lugar. En 1974 publica una obra dedicada exclusivamente a este asunto, en donde muestra un amplio espectro de modalidades que puede adquirir la topofilia, desde la más efímera y superficial (asociada con lo visual y estético), hasta las más profundas y duraderas, como la relación del campesino con su tierra (Tuan, 2007). Sólo unos pocos años más tarde, el geógrafo británico-canadiense Edward Relph despliega la misma perspectiva analítica a través del concepto que en cierta forma expresa lo opuesto al desarrollado por Tuan. Así aparece en las teorías geográficas de corte humanista y subjetivista el concepto de *placelessness* (deslugaridad)²⁴ y junto a él, el de *topofobia* (Relph, 1976). La topofobia o rechazo por ciertos lugares, a diferencia de la topofilia de Tuan, fue concebida inicialmente por Relph en relación con el mundo urbano. En los últimos años parece constituirse en un concepto operativo de gran potencia en el mundo urbano actual marcado por la violencia y el miedo en diversas expresiones.

La geógrafa irlandesa Anne Buttimer²⁵ contribuye extensamente a esta perspectiva humanista desde los años setenta y hasta la actualidad, sobre todo dándole profundidad analítica al concepto de experiencia espacial (Buttimer y Seamon, 1980). En uno de sus trabajos pioneros de los años setenta planteaba: el espacio vivido son puntos de una superficie topológica, que la persona puede “conquistar, defender, explorar, utilizar, manejar [...] son puntos específicos que responden a la intencionalidad humana, a los valores y a la memoria” (1976: 284).

Esta concepción experiencial de espacio resulta afín al actual momento histórico caracterizado para la teoría geográfica, por la presencia del giro cultural y la centralidad del sujeto; y para casi todas las otras disciplinas, por el acercamiento al espacio y la inclusión de la componente subjetiva. No obstante, se debe tener en cuenta que la geografía como saber ha sido construida desde enfoques materialistas y externos al sujeto-habitante: miradas “exocéntricas” (Hiernaux y Lindón, 2004). El replanteamiento de la concepción espacial hacia lo experiencial implica un deslizamiento hacia perspectivas “egocéntricas”, que buscan comprender el espacio desde el punto de vista del sujeto. Dicho en palabras de Bernard Debarbieux (1997a): “esto implicaría ir más allá de las puertas de los mundos interiores frente a las cuales nos hemos detenido por largo tiempo”. Una circunstancia de este tipo —una perspectiva discordante con la tradición más fuerte en la disciplina—

²⁴ La traducción al español de *placelessness* no es tarea sencilla. El neologismo deslugaridad tal vez sea una de las formas de traducirlo que trata de rescatar la raíz del concepto de lugar, sin caer en los sesgos locacionales que podría suponer la traducción rápida, la que se ha hecho en ocasiones con la palabra deslocalización.

²⁵ Anne Buttimer, reconocida profesora de la universidad de Dublín desde el año 1991, realizó sus estudios de grado en geografía en la Universidad de Cork, Irlanda. Recibió su doctorado en geografía de la Universidad de Washington (Seattle) en 1965. Desde aquel momento ha sido profesora en diversos países, por ejemplo: Bélgica, Canadá, Francia, Escocia, Suecia y los Estados Unidos. Trabajó con Torsten Hägerstrand, al menos desde 1978 a 1991, en un macroproyecto de diálogo internacional. Fue presidenta de la Unión Geográfica Internacional (UGI) de 2000 a 2004. Falleció en 2017 y su última obra fue publicada en 2015.

implica un desafío de considerable magnitud porque tiene implicaciones encadenadas desde los niveles teóricos hasta los técnicos, pasando por lo metodológico (Lindón, 2008).

Estos abordajes del espacio en términos de experiencia espacial y vivencia han ido abriendo el camino a las concepciones del “lugar como construcción social”. En general este tipo de perspectivas persiguen posturas medias, que aspiran a no dejar de lado la materialidad del espacio en aras de una concepción exclusivamente idealista o subjetivista, pero tampoco olvidan todo lo no material con lo cual los sujetos le dan sentido al espacio materialmente dado, pues construirlo socialmente implica hacerlo materialmente, y también dotarlo de sentido y apropiarlo. Esto último es lo que Claude Raffestin ha denominado la “semiotización del espacio”, es decir la incorporación de un conjunto de signos culturales que caracterizan a una sociedad, en el espacio material —y que este geógrafo francófono denomina “semiósfera”— (Raffestin, 1986). Muchos otros autores han penetrado analíticamente en distintas dimensiones de lo no material que acompaña a lo material del espacio. Un ejemplo que recientemente viene tomando mayor interés para cierta geografía urbana es lo que ha dado en denominarse “imaginarios urbanos”.²⁶

Este tipo de enfoques, que buscan integrar lo material y lo no material, no pretenden ubicarse en puntos medios en el sentido literal de la expresión, sino en una articulación de ambas dimensiones que genera una tercera dimensión. La observación del espacio y la búsqueda de su inteligibilidad articulando lo material y lo ideal, requiere una posición metodológica diferente de la usual para la observación del espacio en su materialidad. Esta articulación no es la sumatoria de lo material y lo no material, ni lo intermedio entre ambos: el constructivismo geográfico busca la comprensión del espacio a partir de la experiencia espacial del sujeto que ocurre en su mundo de la vida cotidiana. La experiencia espacial del sujeto trae consigo fragmentos de tramas de significación e institucionalizaciones con las cuales lo material y lo no material del espacio se tornan indisociables en la práctica (Di Méo, 1991 y 2000; Di Méo y Buléon, 2005; Gumuchian *et al.*, 2003, Lussault, 2007; Lindón 2007a; Lindón 2007b), al mismo tiempo que el sujeto expresa singularidades sociales.

Benno Werlen ha desarrollado una propuesta teórico-metodológica que integra este espíritu constructivista, y cuyo énfasis se ubica en las prácticas cotidianas de los sujetos, o como señalara desde su propia mirada Kirsten Simonsen (2007), “primero son las prácticas”. De igual forma Mathis Stock y Philippe Duhamel insisten en las prácticas, para analizar el espacio y los lugares (Stock, 2004; Stock y Duhamel, 2005). Werlen caracteriza su abordaje como un tipo de “constructivismo interpretativo”, que debe ser comprendi-

²⁶ Al respecto nos remitimos al número 99 de la *Revista EURE* (Lindón, 2007c).

do como parte del segundo giro cultural de finales del siglo xx. Esta aproximación ha sido identificada como una geografía de la acción (Werlen, 2003).²⁷

Para este tipo de planteamiento todo aquello que conocemos y creemos no es independiente del lenguaje con el que entendemos y transmitimos nuestro vínculo con el mundo. La revisión geográfica acerca de ese presupuesto muestra que la labor constante de las personas que permite construir el territorio (las prácticas), así como el conocimiento espacial de sentido común que utilizan en ese constante hacer (los saberes espaciales), están configurados por el lenguaje con el que entendemos y transmitimos las percepciones espaciales, el sentir sobre los lugares, los significados que les otorgamos a los lugares, la imaginación y las fantasías espaciales, la memoria de los lugares.

En suma, el estudio de la espacialidad desde las teorías geográficas que giran hacia lo cultural (entendido en términos del segundo giro cultural de Werlen) encuentra en el constructivismo —como perspectiva filosófica— una ventana fecunda pues integra lo no material con lo material, el espacio y la sociedad, lo social y la acción, evitando de esta forma el largo camino reificacionista, dualista y reductor de lo espacial, que ha prevalecido en la disciplina por largo tiempo.

LAS CONCEPCIONES DE LO SOCIAL EN EL PENSAMIENTO ESPACIAL

Si las concepciones del espacio que sortean los sesgos materialistas son esenciales para las ciencias sociales embarcadas en el giro espacial y para la teoría geográfica que gira hacia otras disciplinas, no es menos necesaria la revisión de las concepciones de lo social que llevan consigo estas teorías espaciales o geográficas.

La tarea de visitar las concepciones de lo social de las teorías geográficas, requiere de cierta inmersión en la teoría social. Si bien desde los años ochenta han empezado a plantearse diferentes voces geográficas en este sentido (Pred, 1981; Thrift y Pred, 1981; Werlen, 1993), aun sigue siendo una tarea más o menos ajena al quehacer cotidiano de la Geografía.

En esta perspectiva se pueden identificar tres tipos de aproximaciones a lo social que han tenido mayor presencia en las teorías geográficas: una primera en la cual lo social viene dado a través de la figura del ser humano, otra para la que lo social se presenta como un agregado de individuos y otra para la cual lo social nos refiere al sujeto habitante o al actor territorializado.

²⁷ Cabe considerar que este geógrafo alemán diferencia el giro cultural de fines del siglo xix (al que identifica con la ortodoxia culturalista), del giro cultural de fines del siglo xx (al que denomina segundo giro cultural). El autor insiste en que este segundo giro cultural se enfrenta al desafío de dar respuestas a la globalización de la vida local. Para Werlen este segundo giro cultural se caracteriza por la centralidad de las prácticas cotidianas como expresión de la cultura, la tendencia a la autorreflexividad, el reemplazo de la centralidad del orden social y la socialización por los aspectos culturales de la diferencia y una relación dialéctica entre la diferencia y la identidad (Werlen, 2003).

El ser humano como aproximación a lo social

Las teorías geográficas siempre incluyeron la dimensión humana, pero no así la social. La condición humana tempranamente encontró su expresión más clara en la tradición francesa vidaliana (desde inicios del siglo xx). Por ello la preocupación por el ser humano fue parte del planteamiento espacial del propio Paul Vidal de la Blache y lo mismo en los aportes de sus discípulos. También estuvo presente en otras destacadas voces pioneras, como la del geógrafo anarquista Elisée Reclus. Asimismo y con anterioridad a los vidalianos, el geógrafo alemán Ratzel se refirió al ser humano, y lo mismo habían hecho antes Humboldt y Ritter.

En el pensamiento geográfico clásico, uno de los núcleos teórico-metodológicos relativos al ser humano (entendido como *homo faber*) en su relación con el espacio se configuró en torno al concepto vidaliano —refinado por Max Sorre años después (1967)— de géneros de vida entendido como un conjunto de actividades (esencialmente, trabajo), que implican una organización social, un uso del tiempo, empleo de ciertas técnicas, el aprovechamiento de las posibilidades del lugar, configurando así la vida social y modelando el paisaje. Otra expresión del tratamiento de la condición humana desarrollada en las aproximaciones geográficas vidalianas es la idea de Pierre Gourou según la cual el ser humano es un hacedor de paisajes (Gourou, 1979). En todas esas ocasiones la referencia al ser humano, al hombre, ha venido de la mano de la posesión de técnicas, de una cultura materializada, de costumbres, de la relación con el medio y la realización de actividades laborales que modifican el medio, y con las cuales se asegura la sobrevivencia. Este núcleo analítico fue acompañado de otros conceptos operativos, como las técnicas de encuadramiento del paisaje (Gourou, 1979) que en ocasiones eran reglamentaciones y normas definidas por los hombres y marcadas en el paisaje, así como arreglos políticos impresos en el territorio (como las fronteras). Todo eso fue la forma de concebir al ser humano y su capacidad transformadora del entorno que desarrollaron estas teorizaciones clásicas acerca del espacio. De modo tal que lo social estaba presente en la medida en que se reconocía que el ser humano no desarrolla las técnicas, ni trabaja, ni construye una cultura, como actos individuales, sino que es una empresa colectiva y, por lo mismo, social.

No obstante, esa idea fecunda de Gourou —el ser humano como hacedor de paisajes— o las otras ideas vidalianas previas acerca del modelado del paisaje, quedaron inconclusas porque no se desarrollaron enteramente explicaciones sobre la manera en que se realizaba esa empresa colectiva, más allá de su hechura eminentemente material. En el nivel de lo material se dio una respuesta: el paisaje se hace y se modela al aplicar las técnicas que transforman físicamente los lugares. Sin embargo, actualmente podríamos intentar ir más allá de esa primera respuesta y preguntarnos: ¿Cómo se desarrolla una técnica y no otra? ¿Cómo se decide aplicar una técnica y no otra? ¿Sólo se

transforma el paisaje por obras materiales? Esas técnicas que modelan el paisaje ¿resultan de acuerdos sociales que se reiteran en el tiempo, o bien surgen rompiendo con pautas y criterios socialmente aceptados anteriormente?

En cierta forma, el geógrafo sueco Torsten Hägerstrand en sus primeros años, retomó este problema y buscó respuestas al desarrollar su teoría sobre la difusión de las innovaciones: “las resistencias sociales iniciales frente a toda innovación, terminan cediendo con la posterior aceptación amplia de la innovación”. Tal vez por todo lo que la teoría de la difusión (y su teoría posterior, la *Time Geography*) no llega a dilucidar, el propio Hägerstrand, en textos autobiográficos llegó a expresar: “Admito que he caminado sobre una sola pierna” (Hägerstrand, 2000: 132). Seguramente que la expresión metafórica del geógrafo sueco se refería a no haber franqueado la puerta de los mundos interiores mencionada por Bernard Debarbieux (1997a) e introducir plenamente al sujeto habitante.

Lo social: entre la estructura y el agregado

Por el devenir previamente comentado es que algunos aspectos que hacen de manera intrínseca a lo social, demoraron muchos años en hacerse explícitos en las aproximaciones espaciales desarrolladas por la geografía. Éste es el caso de la estructura social entendida como las diversas posiciones que el ser humano puede tener en la sociedad, que tan lúcidamente plantearan autores como Norbert Elias (1990). De alguna forma, estas posiciones que las personas pueden ocupar en la sociedad estaban presentes desde tiempo atrás en los planteamientos espaciales. Por ejemplo, la geografía vidaliana lo reconocía de manera implícita cuando diferenciaba a los seres humanos según fueran agricultores, pastores, trashumantes, etc. A pesar de todo, la noción de estructura social, la trama social, las posiciones en esa trama, y más aun, los procesos de socialización, eran aspectos ausentes o en el mejor de los casos sólo muy difusa y tenuemente intuidos en estas aproximaciones espaciales. El anclaje en lo social casi siempre venía dado a través de las actividades económicas desarrolladas por los seres humanos. Se profundizaba así el sesgo materialista, no sólo en la concepción del espacio, sino también en la de lo social. En la medida en que avanzaba la segunda mitad del siglo XX, la teorización geográfica acerca del espacio se fue apegando crecientemente a una concepción de lo social que al reconocer las diferencias (sociales, económicas y políticas)²⁸ y al buscar relaciones sociales en diferentes lugares (calculadas estadísticamente),²⁹ perdía bastante de aquello que daba cuenta de la condición humana y la relación del ser humano con su espacio. El reconocimiento de las diferentes

²⁸ Esta línea se identifica más con las geografías marxistas, a veces llamadas radicales (en el mundo anglosajón) y otras identificadas como críticas (sobre todo en América Latina).

²⁹ Esta línea se identifica más con las geografías teoréticas o cuantitativas.

posiciones del hombre en una estructura social y el análisis estadístico de las condiciones de cada grupo social, se realizó al precio de abandonar el carácter holístico de la condición humana, que había prevalecido en los años previos (en las aproximaciones clásicas, como la vidaliana). Sería así que en los años sesenta del siglo xx, los geógrafos descubrieron esas posiciones sociales de los sujetos e indagaron las expresiones espaciales de dichas diferencias, por ejemplo, los estudios de la diferenciación en el acceso al suelo urbano, la segregación urbana, la conformación de guetos, entre otros. David Harvey planteaba en esos años, por ejemplo, que los lugares de residencia de las clases sociales dentro de la ciudad, profundizan la condición de clase porque las zonas de la ciudad traen consigo el acceso o la restricción a servicios e infraestructuras que se agregan a las condiciones sociales previas de acceso diferencial. En estas teorizaciones geográficas se afianzan las aproximaciones a lo social apegadas a la visión de la sociedad como estructura, como posiciones de poder y de oportunidades, posiciones más desfavorecidas o más ventajosas.³⁰ Al mismo tiempo, aquellos que profundizaron en el análisis estadístico de diferentes rasgos sociales, se fueron apegando —de manera implícita— a la idea de la sociedad como estratificación social que se espacializa y configura áreas diferenciadas.³¹ La concepción del espacio como reflejo o escenario de esa sociedad estratificada se afianzaba, y con ello el espacio y la espacialidad se reducían al simple reflejo o expresión directa de lo social. En otros términos, el espacio adquiriría un tinte pasivo en los procesos de producción social.

Estas concepciones de lo social que fue abrazando la teoría geográfica tienen raíces dobles: por un lado se hallan en la relación parcial de la geografía con las otras ciencias sociales y más aun con la teoría social en el sentido giddensiano de la expresión (Giddens, 1995: 16-19). Frecuentemente, la incorporación de ideas relacionadas con la estratificación social, o estructuralistas, se hizo sin una reflexión de fondo acerca del estructuralismo o del estratificacionismo. Por otro lado, esas concepciones de lo social asumidas por la teoría geográfica se imbricaron muy bien con las concepciones dominadas por la dimensión evidente del espacio, que florecieron desde mediados de los años cincuenta del siglo xx: básicamente nos referimos a las concepciones materialistas del espacio, sea como producción social o en términos locacionales. Las primeras se asociaron a las concepciones de lo social en términos de estructura, diferencias, segregación urbana; en tanto que las segundas, se vincularon más a la concepción de lo social como agregado: la población.

Como parte de las concepciones de lo social como estructura, diferencias, segregación, tal vez el ejemplo más conocido se relaciona con la creación del Detroit Geographical Expedition and Institute (DGEI) en la Universidad de Michigan en los años sesenta y en particular con el papel de liderazgo que en

³⁰ Las geografías radicales y críticas.

³¹ Las geografías teoréticas o cuantitativas.

ello jugó el geógrafo William Bunge (primero en los Estados Unidos, y luego en Canadá). La perspectiva de Bunge se plasmó en la inmersión en zonas pobres y marginadas de las ciudades, muchas veces áreas centrales segregadas, barrios negros, barrios que se estaban transformando en guetos. Esas formas de inmersión (investigación-acción-educación) fueron denominadas expediciones geográficas: los geógrafos vivían y trabajaban en estos barrios. La primera fue en Detroit en 1969. Posteriormente, cuando la Universidad de Michigan canceló los apoyos financieros y prohibió estas actividades, Bunge se trasladó a Canadá, en donde organizó otra expedición que tuvo aun mayor resonancia, en Toronto, en 1973.³² Fue denominada Canadian-American Expedition (CAGE). Y todavía fueron replicadas posteriormente en otras ciudades, tales como Vancouver, Quebec, Montreal y Londres.

Entre las concepciones de lo social que buscan mediar relaciones sociales localizadas, el concepto operativo de población adquirió la regencia indiscutida. Esta forma de abordar lo social —a pesar de su carácter parcial— terminó siendo de las más trascendentes y legitimadas, tal vez por su carácter operativo. Resultaba así totalmente funcional para aquellas perspectivas que concebían el espacio en términos geométricos (las teórico-cuantitativas), pero también para las que lo veían desde la idea de la estructura social, la segregación, las diferencias sociales en el espacio (las críticas y radicales).³³

Tan exitoso ha sido el concepto de población en las teorías geográficas que se consolidó un campo del saber muy fuerte dentro de la disciplina, en torno a esta concepción de lo social (Mendoza, 2006). Es muy importante y valioso este desarrollo, pero al mismo tiempo ha tenido repercusiones en el pensamiento geográfico que no han sido lo suficientemente revisadas. Este curso del pensamiento creó, afianzó y legitimó la fantasía intelectual según la cual el concepto de población resolvía enteramente la comprensión de lo social. Así, para las teorías espaciales parecía que el concepto operativo de población daba cuenta de lo social en todas sus dimensiones. Dicho de otra forma, intelectualmente se produjo la reducción de lo social a lo poblacional. Parecería haberse olvidado que lo social va más allá de lo poblacional, lo social desborda lo poblacional. Posiblemente, por el sesgo espacialista de la teoría geográfica ese análisis más fino de lo social que se hubiese requerido para sacar a la

³² William Bunge nació en 1928 en Wisconsin y a inicios de los años sesenta se constituyó en un miembro activo y clave de la denominada revolución cuantitativa. Su conocida obra *Theoretical Geography* resulta de su disertación doctoral de 1960, en la Universidad de Washington (Seattle). Muchos la han considerado la obra más importante de la geografía cuantitativa. Sin embargo, desde finales de los sesenta, se aleja —parcialmente— de aquel camino y trabaja activamente en torno a la naciente geografía radical, autoidentificándose primero como un geógrafo marxista y posteriormente, como geógrafo marxista y humanista. De esta etapa, sin duda alguna, la gran obra fue *Fitzgerald: Geography of a Revolution*, publicada en 1971 y resultado de su inmersión en el barrio negro de Fitzgerald, Detroit, que era casi un gueto.

³³ En esta concurrencia también se debe recordar que muchos de los líderes de la geografía teórico-cuantitativa en el mundo anglosajón (como William Bunge y David Harvey), luego se transformaron en acérrimos neomarxistas.

luz la reducción de lo social a lo poblacional, no ha estado en la agenda teórica de la disciplina, aunque cada vez resulta más necesario.

El concepto de población es una forma de concebir lo social en términos del agregado. Una población es un conjunto de personas que comparten alguna característica: población por grupos de edades, por lugares de residencia, por tipo de empleo. El agregado de personas tiene una esencia material y al mismo tiempo refiere a un conjunto de rasgos tratados desde la idea del aislamiento del atributo en cuestión. Por ejemplo, se aísla la edad. Así, las personas terminan siendo analizadas como conjuntos de cosas o atributos (reificación), considerando que las cosas serían las personas con un lugar de residencia, con cierta edad, con un nivel de educación, o todas ellas al mismo tiempo. Analíticamente se procede a una suerte de reducción del individuo/ sujeto/actor (ISA) al conjunto de atributos establecido.

Una de las fantasías espaciales de los geógrafos, derivadas de esta versión de lo social como agregado, es la de asumir que esas poblaciones pueden ser ancladas analíticamente a un cierto territorio, sea el lugar de origen, el de residencia, el de trabajo, etc. Si la reducción de lo social a lo poblacional es peligrosa, sin duda alguna esta fantasía geográfica agrega un riesgo adicional que deriva de asociaciones muy simples entre las personas y los lugares, como si las primeras estuvieran fijas en los segundos. En parte la reducción, es decir todo lo que este tipo de procedimiento teórico-metodológico pierde (o no incluye) de lo social, es todo aquello que precisamente no es tangible, aun cuando tenga connotaciones importantes en lo material y en lo tangible, que incluso puede llegar a marcar la relación de las personas con los lugares. La otra componente que se pierde con esta reducción es toda la dinámica, el movimiento en sentido amplio, que caracteriza la relación de las personas con los lugares.

Así, una parte sustancial de lo que esa reducción de lo social a lo poblacional oculta, es la trama de sentido que lleva a las personas a realizar ciertos cursos de acción y no otros, o bien a romper con un curso de acción muy aceptado y encontrar nuevas formas de proceder, a sentir apego por ciertos lugares, rechazo por otros e indiferencia por otros más. Asimismo, esas repeticiones o rupturas con ciertas formas de actuar espacialmente, no resultan de imposiciones dadas ni son decisiones que los actores toman con independencia de los otros. Más bien, la interacción entre unos actores y otros lleva a unas y otras formas de actuar. Dicho en otros términos, esas formas de actuar no derivan ni del voluntarismo de actores enteramente libres, ni de la coerción social de las estructuras. Por su parte, esas formas de actuar terminan siendo prácticas espacializadas, prácticas configuradoras del espacio y configuradas por el espacio. Como plantearan Gumuchian *et al.*: “el espacio en movimiento resulta de esas prácticas de los actores” (2003: 6), es decir, la vida que anima el espacio lo transforma de manera continua y ello ocurre a través de las prácticas cotidianas. Sin embargo, todo eso es parte de lo social que desborda al concepto de población; y todo es parte de lo social que este tipo de concepciones no integran.

*Lo social como actores territorializados
y sujetos-habitantes*

La geografía no es la única ciencia social que optó por la senda más sencilla en cuanto a las concepciones de lo social. Muchas otras ciencias sociales, incluidas ciertas sociologías, caminaron de esta forma. Con el espíritu de remontar esas perspectivas, la teoría social contemporánea ha puesto de manifiesto los límites de las aproximaciones a lo social en términos de agregados (Knorr-Cetina y Cicourel, 1981). Como alternativa, algunos enfoques sociológicos contemporáneos —sobre todo situacionistas e interaccionistas— se plantean que lo social emerge en las prácticas concretas de los sujetos, en las formas de llevarlas a cabo, en los saberes que se ponen en juego en las diversas situaciones que se van articulando en el mundo de la vida cotidiana.

El interés explícito por el sujeto en la teoría geográfica reconoce algunas voces pioneras de mediados del siglo xx —más allá del espíritu clásico inspirado en el ser humano— como es el caso de Eric Dardel (1990)³⁴ y Maurice Le Lannou (1949). Estos geógrafos no sólo introducen explícitamente la figura del sujeto, sino que también la replantean en una figura más compleja como es la del sujeto-habitante. Con ello, no sólo se reconocen las sujeciones sociales de los individuos, sino también otras respecto del territorio: “Podremos cambiar de lugar, desplazarnos, pero siempre tendremos que buscar un lugar para estar: un aquí donde estar y un allá adonde ir” (Dardel, 1990:56). Uno de los mayores méritos de estas voces pioneras fue el haber colocado al sujeto-habitante explícitamente en el meollo de la reflexión.

Sobre las bases que plantearon estos y otros pioneros en las últimas décadas del siglo xx, se fueron afianzando las perspectivas geográficas que se aproximan a lo social mediante la figura del sujeto. Así, se han hecho frecuentes los términos *actor* y *sujeto* en la teoría geográfica (Berdoulay y Entrikin, 1998; Berdoulay, 2002); sin embargo, estas referencias aun resultan insuficientes. En realidad, la mención de los conceptos de actor y sujeto, no resuelve el problema (Gumuchian *et al.*, 2003: 29). En este sentido, algunos geógrafos han señalado que las figuras del actor y el sujeto en geografía resultan frecuentemente anunciadas pero siempre diferidas (Debarbieux, 1997b). Aun así, con todo lo inconcluso que pueda considerarse, es significativo que cada vez hay más voces geográficas interesadas en reflexionar en este tema relevante, tanto de manera general, es decir sobre la condición del sujeto, o mejor aún la condición de sujeto-habitante o la de actor territorializado (Berdoulay, 2002; Berdoulay y Entrikin, 1998; Séchet, Garat y Zeneidi, 2008); así como los diversos tipos de sujetos particularizados, por ejemplo: actores por la condición de género (Bondi, 1990; García Ramón, 2006; Sabaté *et al.*, 1995; McDowell, 2000; Rose, 1994; Brooks Gardner, 1994), según la condición étnica (Garnier, 2008; Collignon, 1996 y 2001), generacional (Guy, 2008; Rowles y Chaudhury, 2005), o

³⁴ La edición francesa es de 1952.

por condición ocupacional y residencial (Zeneidi-Henry, 2002 y 2008; Ves-chambre, 2008), entre otras. Esta última vertiente ha venido a alimentar lo que se denomina como geografías de las diferencias.

La concepción de lo social desde la perspectiva del actor o el sujeto territorializado (Gumuchian *et al.*, 2003) reconoce que los sujetos no sólo están insertos en un mundo social y cultural sino que también tienen vínculos —de distintos signos y diversa profundidad— con el territorio y sus lugares. Esos territorios los constriñen a veces, o les amplían las oportunidades en otros casos. Estos actores también son territorializados porque toda acción que despliegan se marca espacialmente, trascendiendo al propio actor, ya que esa marca lo condiciona a él y a otros. Al mismo tiempo, las especificidades del territorio influyen y llegan a imprimirle un sello a la práctica misma. El territorio también se constituye en materialización de memorias individuales y colectivas que contribuyen a configurar las identidades de los sujetos, pero también sus cursos de acción en el espacio. Por eso, los sujetos/actores *son* territorializados y no simplemente *están* territorializados: el territorio se hace parte de su ser, antes que constituir un simple *locus* en el cual estar.

Estas perspectivas, en el pensamiento geográfico, no dejan de reactualizar viejas preocupaciones epistemológicas, por ejemplo, si esto representa un nuevo retorno a posturas ideográficas o al estudio de lo único. Frente a esos temores, el acercamiento al sujeto/actor con la fuerza y el sustento que otorga la teoría social contemporánea de corte constructivista puede constituir una alternativa. En este sentido se puede recordar que para las teorías sociales microsociológicas, la sociedad es producida y reproducida, creada y recreada, por las personas en su cotidiano quehacer dentro de contextos institucionales que han creado. Sin duda, es más reproducida que producida. Pero al mismo tiempo, esa sociedad producida por las personas configura a esas mismas personas y a otras (Berger y Luckmann, 1968). La producción y reproducción son procesos constantes, que resultan del discurrir de la vida. La producción y reproducción social no es tarea que pueda realizar un individuo de manera aislada de los otros, sino en las constantes interacciones de unas personas con otras en contextos institucionalizados. En este sentido se pueden recordar las palabras de Berger y Luckmann: “el ser humano no se concibe dentro de una esfera cerrada de interioridad estática” (1968: 73).

En los encuentros de una persona con otra, en cualquier circunstancia, por banal que sea, se ponen en juego y en movimiento, y a veces en tela de juicio, principios, pautas y acuerdos sociales, formas de hacer instituidas. Unas veces se ponen en juego para terminar siendo reiterados y reafirmados, y en otras ocasiones, para acabar siendo transformados en la práctica misma. En todo encuentro no sólo se movilizan cuestiones inmateriales (como pautas de acción, códigos, valores, intenciones, etc.) sino también objetos (materialidades) y acciones, que si bien no deberían ser reducidas a la condición de cosa u objeto, sin duda alguna llevan consigo una dimensión exterior a la corporeidad del

sujeto que actúa. Ésta es otra forma de concebir lo social, muy distante del agregado. Lo social no sería así el conjunto de personas. Lo social serían esos acuerdos que se negocian en cada instante, o que simplemente se aceptan, que se recrean, y de acuerdo con los cuales se realizan las diversas actividades. En ello se funda el planteamiento de que lo social emerge en cada situación.

El simple recuento del número de actores presentes en una situación no permite apreciar esas formas instituidas ni la apertura de perspectiva de los sujetos para cambiar lo instituido o la rigidez para no cambiarlo. Por eso decíamos previamente, que lo social va más allá del agregado de personas. El agregado, en tanto número, no puede dar cuenta de esos consensos, de su persistencia o su transformación, aun cuando permita mediciones de gran utilidad.

En esta forma de concebir lo social, el asunto de los consensos entre las personas constituye un núcleo relevante. En general se acepta que los consensos se basan en el fenómeno de la habituación y el de la rutinización. Ambas expresiones refieren a la repetición de ciertas prácticas de maneras específicas. Berger y Luckmann han recurrido extensamente a la expresión habituación (1968: 73-75). Por su parte, Giddens (1995) ha reflexionado el tema desde la rutinización. Este último concepto presenta un particular interés en esta ocasión porque no sólo integra la repetición de las prácticas, sino su espacio-temporalidad. Cuando la habituación no sólo lleva consigo la reiteración de una práctica por parte de un individuo, sino también su tipificación recíproca —es decir, una estandarización de ciertos rasgos del hacer que es asumida por diferentes sujetos y no sólo por quien la realiza— adquiere fuerza y peso social. Se trata entonces de la institucionalización o construcción de lo instituido en relación con ese quehacer particular. En este mecanismo radica el núcleo fundante de la producción de la sociedad. En las situaciones cotidianas concretas los actores suelen negociar —aun sin ser conscientes de ello— cuestiones rutinizadas, habituadas e instituidas.

Por todo lo anterior, el estudio de la dimensión espacial de lo social no sólo requiere de una visión renovada del espacio, también es necesario revisar la concepción de lo social para tomar en cuenta este tipo de procesos: Por ejemplo, el estudio de la construcción social de los lugares está relacionado con rutinizaciones, habituaciones e institucionalizaciones de prácticas espaciales o sus transformaciones. Así un horizonte analítico se configura en torno al estudio de lo social en términos de rutinización y habituación desde la espacialidad cotidiana de los sujetos.

La habituación, la rutinización y la institucionalización son procesos sociales que ocurren en el desarrollo de las prácticas cotidianas por parte de los individuos/sujetos/actores y constituyen un núcleo fuerte de lo social. Debido a que las prácticas conllevan una condición externa-corporal³⁵ (Pred, 1981),

³⁵ Nos referimos al hecho evidente pero usualmente olvidado, de que cualquier práctica de un sujeto involucra al cuerpo y sus movimientos corporales, y por ello mismo puede ser percibida por otros.

en su realización los actores se encuentran con otros. Los encuentros entre actores ocurren en ciertos fragmentos espacio-temporales que pueden denominarse “situaciones” desde una perspectiva goffmaniana, pero que también se pueden concebir en términos de los dioramas desarrollados por el geógrafo sueco Hägerstrand (1982).

Los encuentros entre los actores/sujetos son instancias comunicativas en las cuales se moviliza el lenguaje verbal y no verbal. El lenguaje es el medio y el depositario de códigos sociales, de acuerdos, de sentidos y significados colectivamente construidos, esto es, de lo instituido. Al hablar y expresarnos —en un mundo siempre compartido con otros—³⁶ creamos y recreamos la realidad, porque nuestras palabras (piezas de ese todo socialmente construido y compartido, que es el lenguaje)³⁷ dan significados, reconocen ciertos elementos del mundo externo y omiten otros.³⁸ Por eso, un mismo fenómeno, una misma realidad, pueden ser construidos de diferentes formas en función de distintos puntos de vista y de acuerdo con las formas de nombrarlas, y más aun, de contarlas de los diferentes actores. De modo tal que el cotidiano hacer del individuo/sujeto/actor siempre moviliza voces de otros, voces sociales: cuando un actor realiza una cierta práctica en un lugar se pone en juego una forma socialmente compartida dentro de un cierto mundo social que dice cómo ejecutar esa práctica en el espacio y cómo expresarla.

Por esto, en ocasiones se suele asociar el estudio de las prácticas que realiza un individuo con “lo único”. En este contexto, nos interesa el asunto de las prácticas espaciales en una perspectiva más compleja que la de “lo único”, como es la singularidad (Berdoulay y Enrikin, 1994). En este horizonte, la perspectiva del sujeto/actor y sus prácticas espaciales no da cuenta de lo que es único, ni tampoco de lo social como una generalidad que se repite siempre de idéntica forma en toda circunstancia y con toda persona. Más bien, la singularidad expresa las formas particulares que adquieren esos consensos y negociaciones sociales, colectivas, en las situaciones particulares. Además, es necesario tomar en cuenta que esas situaciones se configuran por la coincidencia en un espacio-tiempo de ciertos actores, que en esencia poseen biografías que también son expresiones de otras singularidades. En otros términos, la

³⁶ Desde los primeros interaccionistas de la segunda década del siglo xx, sabemos que aun cuando se trate de un actor que en cierta circunstancia se encuentra solo, su hablar consigo mismo también es una forma de hablar con los otros. Esto es lo que los interaccionistas, desde George Mead a inicios del siglo xx, denominaban diálogos internos, y su principal función es la de anticipar el diálogo con los otros, recrear el diálogo con los otros.

³⁷ Tal como ha sido planteado por interaccionistas y etnometodólogos, tales como Erving Goffman, Harold Garfinkel, Harvey Sacks y Melvin Pollner:

³⁸ Siempre resulta iluminadora la célebre frase de Ludwig Wittgenstein: “los límites de mi lenguaje, son los límites de mi mundo”. También cabe recordar la revisión geográfica de aquella frase, realizada por el geógrafo sueco Gunnar Olsson: “Los límites del ecúmene son los límites de mi mundo. Los límites de mi mundo son los límites de mi lenguaje. Los límites de mi lenguaje son pensamiento-y-acción al límite de sí mismo” (Olsson, 1997: 39).

coincidencia de vidas únicas en todo el sentido de la expresión pero ancladas en un cierto momento histórico y en un cierto territorio, le otorgan a lo único de esa vida rasgos compartidos con otros; razón por la cual lo único se torna singular (Lindón, 2011).

Ese anclaje social e histórico ha sido analizado en los últimos años desde varias perspectivas. Una de ellas es la que recupera la idea de Pierre Bourdieu del *habitus*. A estos abordajes se los suele conocer como disposicionales (por la concepción bourdiana del *habitus* como un sistema de disposiciones durables).³⁹ En palabras de Bernard Lahire estas disposiciones o *habitus* pueden entenderse como “la presencia determinante del pasado en el presente [...] propensiones, inclinaciones, hábitos, tendencias, modos de ser persistentes” (Lahire, 2002: 19). De igual forma, las perspectivas de corte interaccionista reconocen la capacidad del individuo/sujeto/actor para negociar lo instituido, y en consecuencia para innovar. Como parte de estas búsquedas para evitar las visiones más deterministas de lo social (las tendencias a la reproducción), que invisibilizan la capacidad creativa del actor, pero sin olvidar las constricciones sociales, se produjeron numerosos desarrollos teóricos. Entre ellos se puede citar un amplio espectro que va desde la concepción giddensiana de la estructuración (Giddens, 1995), hasta otras opciones como el concepto de transacción social propuesto por Remy, Voyé y Servais en su conocida obra *Produire ou reproduire: une sociologie de la vie quotidienne* (1991 a y b), con el claro propósito de reconocer en el sujeto un nivel de libertad e innovación.⁴⁰

Todos estos aspectos que hacen lo social se tornan imprescindibles para las miradas geográficas constructivistas que se preguntan por la dimensión espacial de lo social: la concurrencia de estas perspectivas del sujeto/actor procedentes de la teoría social, con las aproximaciones que conciben el espacio como construcción social, permite avanzar en la comprensión de la complejidad que lleva consigo la actual dimensión espacial de lo social y en ese proceso emerge la figura del sujeto habitante.

³⁹ Recordemos que Pierre Bourdieu concibió el *habitus* como aquella “estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas [...] es también estructura estructurada: el principio del mundo social es a su vez producto de la incorporación de la división de clases sociales. [...] Sistema de esquemas generadores de prácticas que expresa de forma sistémica la necesidad y las libertades inherentes a la condición de clase y la *diferencia* constitutiva de la posición, el *habitus* aprehende las diferencias de condición, que retiene bajo la forma de diferencias entre unas prácticas enclasadadas y enclasantas (como productos del *habitus*), según unos principios de diferenciación que, al ser a su vez producto de estas diferencias, son objetivamente atribuidos a éstas y tienden por consiguiente a percibir las como naturales” (Bourdieu, 1988: 170-171).

⁴⁰ Cabe subrayar que el concepto de transacción social de estos autores no debería ser asimilado a la versión anglosajona que se conoce como teoría de las transacciones sociales. Más bien se trata de una perspectiva interaccionista-fenomenológica.

LA CONCURRENCIA DE GEOGRAFÍAS CONSTRUCTIVISTAS
Y LA TEORÍA SOCIAL

No sería posible revisar o siquiera citar una buena parte de las aproximaciones geográficas que de una manera u otra se orientan hacia las perspectivas constructivistas que dialogan con la teoría social. En la geografía francófona existen aportes relevantes en este camino (sobre todo en la periferia de la geografía francófona institucional),⁴¹ lo mismo en la iberoamericana. Entre los anglosajones este camino integra tantas voces y tantos aportes destacados, que ni siquiera sería factible hacer un inventario medianamente completo. La referencia a geógrafos de la talla de Nigel Thrift, Michael Dear, Edward Soja, Don Mitchell, Allan Pred, Denis Cosgrove, Doreen Massey, David Harvey, David Ley, Robert Sack, Derek Gregory, no resuelve la cuestión porque necesariamente es parcial y sólo nos deja en deuda con voces muy relevantes. Por ello, nos limitamos —drásticamente— a mencionar sólo dos teorías geográficas de particular relevancia para la comprensión de la dimensión espacial de lo social y abiertas a la teoría social. Una francófona y otra anglosajona.

La teoría francófona se condensa en la figura de Guy Di Méo y viene a integrar lo que se conoce como geografía social francófona. La anglosajona es la *Time Geography*, iniciada por el geógrafo sueco de Lund, Torsten Hägerstrand, aunque continuada extensamente, retomada y reinterpretada por geógrafos americanos y británicos. Entre los americanos posiblemente la figura más destacada es la de Allan Pred, de Berkeley. Entre los británicos alguien particularmente relevante por retomar y proyectar ideas seminales de Hägerstrand es Nigel Thrift, de Oxford. Ambos se introducen en la *Time Geography*, de la mano del propio Hägerstrand en los años setenta.

La geografía social francesa surge entre los años sesenta y setenta del siglo xx, en buena medida como un camino alternativo a la hegemónica geografía vidaliana. En los inicios también identificada como la geografía del oeste de Francia. El inicio de este pensamiento se relaciona directamente con Renée Rochefort en los años sesenta. En los setenta y más aun con una publicación pionera de los ochenta, este devenir se concentrará en torno a Frémont, Chevalier, Hérin y Renard (1984). En este concierto, la voz de Di Méo adquiere presencia desde finales de los ochenta y más aun, desde los noventa.

El trabajo teórico del geógrafo francés Guy Di Méo se ha ido plasmando a través de varias de sus obras, aun cuando en algunas de ellas esté más presente que en otras (Di Méo, 1991; 1999; 2000). Esta trayectoria progresiva es relevante porque muestra que la producción de esa teoría espacial no puede ser el esfuerzo de un autor en una obra, sino más bien, el resultado de una trayectoria intelectual que integra muchas otras voces y que se prolonga en una biografía y posiblemente más allá de ella. En breve, el gran esfuerzo teórico de Di Méo se expresa en la construcción de una teoría espacial de

⁴¹ Tales como la geografía del oeste de Francia, la geografía suiza o la canadiense.

alcance medio, operativa, que parte del sujeto, pero al mismo tiempo incluye las estructuras que lo constriñen, aunque no le impiden innovar. Se trata de una teoría geográfica muy en sintonía con la perspectiva giddensiana. También se destaca el espíritu teórico integrador de la dimensión material del espacio junto con la inmaterial. En este camino teórico, un primer nivel conceptual del desarrollo de Di Méo es el que se condensa en el concepto de *espacio de vida*. De este concepto, el autor transita a otro más amplio e incluyente: el “espacio vivido”. Veamos con algo más de detenimiento esta propuesta teórica.

El espacio de vida será el concepto con el cual Di Méo plantea la articulación del espacio percibido y el espacio practicado. En otras palabras, cuando el geógrafo analiza, en un caso concreto, tanto el espacio percibido por las personas (con todo lo sensorial que ello implica) como así también el espacio por ellas practicado, para nuestro autor, la integración de ambos niveles da cuenta del “espacio de vida”. Así, el espacio que percibimos y nuestro hacer en él expresan el espacio de vida.

Como un paso más en su construcción teórica, el autor integra analíticamente las relaciones sociales espacializadas (o espacio social, según él), junto con el espacio imaginado y concebido.⁴² El espacio imaginado se refiere a aquella reconstrucción de los lugares que se hace a través de la imaginación. Esto último puede referirse a un lugar imaginado y conocido por experiencia o no. La imaginación puede integrar lo fantasioso. El espacio concebido se refiere al ejercicio racional del sujeto con respecto al lugar en cuestión. La trama del espacio social, y el espacio imaginado y concebido constituye un nivel analítico más complejo: el “espacio vivido”. Al mismo tiempo, el autor ha reflexionado extensamente sobre el territorio y la territorialidad, destacando que esta última (la relación del sujeto con el territorio) debe ser comprendida en tres dimensiones: la existencial que expresa la relación del sujeto con su lugar, la dimensión de la “co-determinación dialéctica del sujeto con su contexto social, y la del espacio geográfico objetivado que los desafíos sociales resignifican permanentemente” (Di Méo y Buleón, 2005: 83). En cuanto al territorio, su propuesta plantea que:

cualquiera que sea la movilidad de sus habitantes, cualquiera que sea la singularidad de su territorialidad, siempre existe entre ellos una cierta connivencia, un acuerdo implícito [...] que lleva consigo la identificación común de los lugares. Para que estos lugares, asociados o no, se constituyan en territorio, es necesario que los agentes y actores los signifiquen de manera conjunta (Di Méo y Buleón, 2005: 85).

Esta teoría geográfica ha integrado aportes centrales de la teoría social, como algunos aspectos de las obras de Giddens y Goffman en relación con las prác-

⁴² Espacio percibido es lo que reconocen nuestros sentidos, la vista, el olfato, el tacto.

ticas y su rutinización. También se alimenta de Berger y Luckmann, así como de Garfinkel respecto del peso de lo discursivo. Pero de igual forma se integran en su teorización elementos procedentes de Michel de Certeau, en relación con el carácter táctico de las prácticas cotidianas, como también de Maurice Halbwachs respecto a la influencia de las formas espaciales (como formas materiales) en la construcción de las ideas y el pensamiento sobre el espacio. Esta articulación de aportes fundantes de las ciencias sociales contemporáneas y de la filosofía (Merleau-Ponty, Husserl...), no omite voces de destacados geógrafos contemporáneos, tanto de la tradición francófona (como Raffestin, Gumuchian, Frémont...) como de la anglosajona (Sack, Harvey, Hägerstrand...). No obstante, cabe observar que esta teorización abierta a las ciencias sociales no ha generado el interés inverso en la teoría social. Un último aspecto a destacar de este esfuerzo teórico es que se retroalimenta empíricamente en diversos estudios de caso.

La segunda perspectiva teórica escogida en este devenir geográfico en fuerte diálogo con la teoría social es la *Time Geography* de la Escuela de Lund. Este pensamiento anglosajón, a diferencia del previamente comentado, ha logrado despertar un notorio interés en la teoría social y en particular en Anthony Giddens, quien desde los años setenta se acerca a la obra de Torsten Hägerstrand. Incluso, posteriormente sostuvo un debate con los herederos intelectuales de Hägerstrand (particularmente con Allan Pred). Este debate contribuyó a enriquecer la teoría inicial, y luego se fueron integrando —directa o indirectamente— otros destacados geógrafos que no formaban parte de esta escuela de Lund. El involucramiento de Giddens en lo que inicialmente era una teoría geográfica movilizó a la comunidad geográfica, que de inmediato se constituyó en giddensiana. En buena medida esta alteración de la comunidad se debió a que constituía la primera muestra contemporánea de interés y reconocimiento sociológico que recibía la teoría geográfica. No obstante, no demoraron en llegar observaciones de geógrafos contemporáneos de primer nivel internacional —como Derek Gregory— en donde se advertía acerca de la reducción que hacía Giddens respecto de la obra de Hägerstrand, así como del mal uso, en muchos geógrafos, de los planteamientos de Giddens. En general las críticas geográficas observaban que la apropiación de Giddens de la *Time Geography* era sólo técnico-metodológica, dejando en la sombra el trasfondo y la esencia teórica (Gregory, 1994).

De manera muy simplificada y esquemática se puede señalar que el planteamiento de Hägerstrand⁴³ y los aportes que integró Allan Pred al trabajo inicial, parten del individuo en su práctica cotidiana y desde allí se desarrollan conceptos operativos clave en el asunto, que representan una ruptura radical con las aproximaciones geográficas legitimadas hasta el momento. Estos conceptos clave son las prácticas cotidianas de los individuos y las trayecto-

⁴³ Planteado inicialmente en 1970, aunque continuó trabajando en el tema hasta el final de su vida.

rias biográficas que cada persona despliega a lo largo de su vida,⁴⁴ entendidas como cadenas de prácticas cotidianas que se desarrollan tanto en el ciclo de las 24 horas, como en el ciclo biográfico y a lo largo del espacio. La innovación teórica radica en la concepción de las trayectorias de las personas y las prácticas cotidianas limitadas cada día (y en una vida) dentro de un “prisma” de espacio-tiempo, algo así como un fragmento (de diverso volumen) dentro del cual se despliega la cotidianidad de cada persona. Los otros dos conceptos operativos de la teoría son las actividades institucionales y los proyectos institucionales constituidos por conjuntos de prácticas, también demarcados dentro de prismas espacio-temporales. En otras palabras, los dos primeros conceptos se conciben desde la perspectiva del individuo, y los dos segundos desde las instituciones, pero todos ellos se definen dentro de ciertos volúmenes de espacio-tiempo.

La intersección de ambas entradas analíticas —la individual y la institucional— muestra que las prácticas cotidianas del individuo en las 24 horas y en ciertos espacios —así como a lo largo de una biografía— se inscriben en los proyectos institucionales y en las actividades (simples o complejas) institucionalizadas por esos proyectos. Por ejemplo, las prácticas cotidianas de una persona de ir a su lugar de trabajo y realizar su actividad laboral es posible porque se intersecta esa vida con el proyecto de una empresa de haberse localizado en cierto lugar, realizar ciertas actividades productivas y ofrecer ciertos puestos de trabajo.

Los prismas espacio-temporales —dioramas (Hägerstrand, 1982) o volúmenes de espacio-tiempo en los cuales ocurre todo lo anteriormente señalado— vienen a constituir la base de lo que le permitirá plantear a Allan Pred, que la *Time Geography* contiene pistas centrales para dar respuestas a los grandes interrogantes de la teoría social, acerca de la reproducción socioespacial, y no simplemente social (Pred, 1977).

Esta convergencia de la *Time Geography* con interrogantes centrales de la teoría social se funda en la intersección de las trayectorias individuales con los proyectos institucionales y ocurre en esos fragmentos de tiempo y espacio (dioramas) en los cuales no sólo convergen las prácticas de un individuo sino las de varios (Pred, 1985; Pred y Watts, 1992). Todo proyecto institucional requiere de la convergencia de las prácticas de varios individuos. Por otra parte, como ha observado Pred, esos dioramas no son “escenarios congelados” (Pred, 1984), en ellos se pone en juego la reproducción socioespacial a partir de la conjunción de esas especificidades: un proyecto institucional, la práctica de un individuo que a su vez es parte de una biografía, la práctica de otro individuo que trae su propia trayectoria biográfica.

Otra cuestión que integra Pred en la *Time Geography* es que la participación de cualquier individuo en un proyecto institucional lo lleva a acumular impresiones y experiencias que serán clave en la conformación de sus creencias, va-

⁴⁴ Este concepto de trayectoria a veces ha sido traducido al español como senderos.

lores, gustos, motivaciones, percepciones, actitudes, que se ponen en juego en esa práctica y en otras que realice. Ese complejo proceso en el que el individuo converge con otros, se transforma, está limitado institucionalmente, pero también aporta algo particular a la actividad institucionalizada, es la estructuración de lo individual, lo social y lo espacio-temporal. En ese proceso el espacio-tiempo no es un escenario pasivo, mera localización (Pred, 1981). Se hace parte del proceso social, abre posibilidades (por ejemplo, por condiciones físicas del lugar, o por el encuentro con otros individuos), y también impone restricciones. Esta reflexión sigue abierta y su profundización contribuirá no sólo a la comprensión de la dimensión espacial de lo social, sino de lo social en sentido amplio.

LA APROPIACIÓN ESPACIAL

Bajo el paraguas de la perspectiva esbozada en las páginas previas acerca de la concurrencia de lo social y lo espacial, se han perfilado algunas líneas de análisis que han resultado teorizaciones potentes analíticamente. Una de las más relevantes líneas de estudio es lo que se conoce como la apropiación del espacio, particularmente estudiada en las ciudades y con respecto a la vida urbana. Otras son las que abordan el habitar, el sentido del lugar y las identidades e identificaciones de y con los lugares y, así como los lugares de memoria, entre otras. Este ejercicio de identificar y diferenciar líneas de fuerza en las que se ha aterrizado la concurrencia de lo social y lo espacial, solo es un intento analítico, ya que en esencia la apropiación espacial siempre conlleva formas de habitar los lugares, y éstas van otorgando sentidos a los lugares, configurando identificaciones con ellos, no sin acrecentar la memoria espacial, tanto individual como colectiva.

Aun reconociendo esta multidimensionalidad, a continuación, se realiza un acercamiento solo a uno de estos aterrizajes de la concurrencia de lo social y lo espacial, como es lo referido a la apropiación espacial. Tanto se ha consolidado esta perspectiva, que actualmente se puede considerar como uno de los ámbitos de investigación más importantes en los estudios urbanos y territoriales en general.⁴⁵

La perspectiva de la apropiación del espacio es doblemente significativa para este capítulo. Por un lado, ofrece un interés notable porque se ubica enteramente en la concurrencia de lo social y lo espacial, ya que la apropiación la realizan los sujetos habitantes de los más diversos lugares, y ese acto complejo de apropiar se concreta con referencia al espacio, tanto en su materialidad como en el sentido que se le otorga, es decir, en su inmaterialidad. Por ello, la apropiación del espacio es un claro aterrizaje de la concurrencia de lo espacial

⁴⁵ Los estudios urbanos, como campo del saber, también son uno de los resultados de la concurrencia de lo social y lo espacial.

y lo social. Por otra parte, es de interés para la perspectiva amplia de la concurrencia porque la apropiación del espacio no es un tema nítidamente demarcado en cuanto a sus fronteras, sino más bien una forma de aproximación a la concurrencia de lo social y lo espacial, que al constituirse en objeto de estudio se va desplegando en otras temáticas y subtemáticas, en un proceso siempre inacabado. Algunos ejemplos de esas subtemáticas son las siguientes: la construcción social de espacios liminares y de la resistencia; la construcción social de territorios de la espera; la circulación de las afectividades en el espacio público y la consecuente configuración de performatividades, así como la construcción social de territorios de la proximidad, entre otras temáticas actuales.

Para empezar a desbrozar con detalle este concepto, se puede recuperar la concepción de Perla Serfaty Garzón (2003), para quien la apropiación —no sólo del espacio, sino la apropiación en sentido amplio—⁴⁶ tiene dos dimensiones: Una consiste en la adaptación de una cosa a un uso definido o un destino preciso, y al mismo tiempo refiere a la acción orientada a hacer propio algo. Cabe destacar que, en este caso, la idea de adaptación refiere a la armonía entre una cosa y el uso al que se la destina. En otras palabras, las dos dimensiones se entrelazan ya que al hacer propio algo se lo adapta a cierto uso. En diversos estudios, particularmente de la actual Geografía Social francófona sobre este tema, también se ha subrayado que la apropiación del espacio siempre refiere a un tejido de relaciones socioespaciales, en el cual se entrelaza la noción de propiedad, ya sea con connotaciones jurídicas o no, así es posible que la propiedad refiera exclusivamente a lo afectivo y no tenga un sustrato jurídico, o bien que tenga un componente jurídico (Ripoll y Veschambre, 2005).

Sin demeritar el valor de estas propuestas actuales, también es necesario recordar algunos antecedentes de estas reflexiones. En ese rol destaca el papel que jugó Henri Lefebvre al constituir a la apropiación del espacio en una clave para comprender la vida cotidiana y más específicamente, los modos de vida urbanos y el derecho a la ciudad. Para Lefebvre, la apropiación espacial constituye uno de los fundamentos de su concepción del derecho a la ciudad y de las luchas urbanas asociadas a dicho derecho: la apropiación consiste en el arte de vivir la ciudad y de participar en sus actividades (Lefebvre, 1978). Por este encuadre de la apropiación de la ciudad (o apropiación del espacio urbano) en el devenir cotidiano, para este autor, la apropiación siempre refiere a conjuntos de prácticas que le otorgan a un espacio características particulares, y lo hacen un espacio vivido (2014). El interés del autor por la apropiación del espacio se presenta en diferentes momentos de su pensamiento, que se pueden identificar en sus obras señeras, como *El derecho a la ciudad*

⁴⁶ Aunque en el texto indicado, la autora analiza el concepto de apropiación en sentido amplio, en otras investigaciones lo especifica en términos de apropiación del espacio (Serfaty-Garzón, 2018; 2016; 2006; 2003).

(edición original de 1967), y también en su gran obra, *La producción del espacio* (edición original de 1974).

En esta perspectiva lefebvriana, también se pueden mencionar los estudios de los años sesenta de Henri Raymond y su equipo investigación sobre el hábitat suburbano, en los cuales destaca la apropiación del espacio (apropiación del hábitat en su perspectiva) como conjuntos de prácticas con las que se marca el espacio y se le confiere especificidad por la disposición de objetos, así como las intervenciones en el espacio orientadas a formas particulares de actuar en los lugares (Raymond *et al*, 2001).⁴⁷

Asimismo, cabe recordar que el sociólogo urbano Paul-Henry Chombart de Lauwe trabajó este concepto (1976), pero lo hizo en la versión inversa: Propuso la existencia de fenómenos de “desapropiación” en referencia a la falta de sentido de pertenencia a la ciudad o hacia algunos de sus barrios, que experimentan ciertos habitantes, o bien el sentido de hallarse en ellos fuera de lugar. La desapropiación espacial también ha sido abordada por otros autores, aunque bajo diferentes denominaciones. Una obra emblemática al respecto es la del geógrafo británico Tim Cresswell (1996), aunque este autor no utiliza la expresión desapropiación, sino la de “fuera de lugar” (*out of place*), se trata de expresiones que tienen algunos aspectos en común, sin ser sinónimos. En su obra de 1996, Cresswell muestra que la experiencia de sentirse fuera de lugar (o la desapropiación) puede resultar una herramienta para evitar el cambio y sostener cierto orden social. Actualmente, cuando se analizan diversas disputas por la confrontación de dos o más formas de apropiación de un cierto lugar, esto se puede relacionar con lo observado por Cresswell en términos de estar fuera de lugar: Por ejemplo, la llegada a un barrio de una ciudad, de un perfil de habitantes diferente al que previamente predominaba, puede generar un sentido de estar fuera de lugar entre los nuevos residentes. O bien, puede ocurrir lo contrario, que la llegada del nuevo grupo social genere el sentido de estar fuera de lugar de los antiguos habitantes. En uno y otro caso ese sentido de estar fuera de lugar (sea en los nuevos o en los antiguos habitantes) expresa una tensión entre orden y cambio socioespacial. Así, el concepto de *out of place*, como también podría ocurrir con el de desapropiación espacial, deviene en una expresión de la tensión entre el orden y el cambio socioespacial, dados por las formas de practicar el lugar por parte de los antiguos y los nuevos residentes. Si bien las prácticas son el mecanismo más evidente de la apropiación espacial, en la desapropiación espacial las prácticas están ausentes para ciertos grupos sociales, por su distanciamiento del lugar en cuestión. Por esto último, la desapropiación (y el *out of place*) más que definirse por las prácticas, se configura como un sentido o una significación del lugar.

En una perspectiva próxima a la desapropiación/*out of place* también puede mencionar lo que más recientemente, Bruce Bégout (2005) ha denominado sentido de la extranjería. Para este autor, la extranjería se asocia con lo

47 La primera edición es de 1966.

imprevisto de lo cotidiano y puede revertirse por los procesos de familiarización. En otras palabras, la extranjería es semejante a la desapropiación, aunque difiere en que corresponde a un tiempo presente en el que aún no se dio la naturalización y familiarización del lugar. En general, la desapropiación o sentido de estar fuera de lugar se relaciona con el marco o *frame* del lugar, con lo instituido —aun de manera implícita— en el lugar, o puede ser que el distanciamiento se experimente con lo recientemente instituido, ya que la desapropiación/*out of place* pueden generarse en cierto momento, mientras que anteriormente era lo inverso, o bien, puede ocurrir que ciertos sujetos sociales siempre hayan experimentado el fuera de cierto lugar específico. Así, se han realizado diversas investigaciones empíricas en las que este fenómeno se asocia a cierta condición étnica del lugar, o bien a una condición de clase social o también etaria, y estas condiciones pueden cambiar de signo a través del tiempo.

En otras ocasiones, la apropiación del espacio ha sido concebida en términos de las disposiciones para realizar ciertas prácticas y no otras en un determinado lugar. En este horizonte, la apropiación de los lugares se hace parte de los procesos de adquisición cultural de diversos *habitus*. Por ejemplo, la apropiación (sea en términos residenciales o como visitante asiduo) de ciertos lugares que otorgan prestigio, o bien la apropiación para uso residencial o de visita frecuente de aquellos lugares estigmatizados (Bourdieu, 1999). En esta perspectiva, la apropiación espacial no sería una conquista de los lugares asociada a una búsqueda del sujeto, sino una forma de profundizar el orden social —que en este caso deviene un orden espacial— dado, por ejemplo, el de lugar prestigioso o lugar estigmatizado.

Desde las Geografías Humanistas (anglosajonas), cabe subrayar el planteamiento de David Seamon (2015 [1979]), para quien la apropiación espacial es un tipo de experiencia espacial con una fuerte componente emocional, que genera apego por un lugar, o bien el sentido de estar en un lugar que se siente como propio, no legalmente sino por experimentarlo como familiar. En esta perspectiva, también se destaca que la falta de apropiación del lugar (o la pérdida de dicha apropiación) puede activar en la persona, el sentido de amenaza, en distintos grados. Así, este acercamiento a la apropiación permite abordar el malestar frecuente en la actual vida urbana, cuando se cortan los vínculos con el lugar o se pierde la apropiación del espacio, y al menos surge la experiencia del vacío existencial por la pérdida del vínculo con cierto lugar. Esta idea puede comprenderse dentro del espectro de la desapropiación planteada por Chombart de Lauwe.

La psicología del espacio también ha abordado el tema de la apropiación espacial. De manera pionera se destaca el trabajo ya mencionado de Perla Serfaty-Garzón (o Perla Korosec-Serfaty) (1976), ubicado en las fronteras de la sociología y la psicología del espacio. Más recientemente, desde la psicología espacial o ambiental han resultado igualmente destacados los estudios de Enric Pol (1996; 2002), así como los de Tomeu Vidal y Enric Pol (2005), quie-

nes han sintetizado el núcleo de este concepto de apropiación del espacio en un modelo dual: por un lado, la apropiación sería la acción transformadora de cierto lugar que permite dejar en él marcas, huellas y señales cargadas de sentido, y por otro la apropiación expresa la identificación simbólica de la persona con dicho lugar. En suma, la apropiación emerge en las acciones que marcan materialmente el espacio, y también en la identificación de las personas con los lugares a través de la incorporación del espacio en cuestión en sus procesos cognitivos y afectivos.

Por su parte, la Geografía Social —también referida anteriormente— ha coincidido en subrayar ese carácter dual —sin usar dicha expresión— de la transformación material de los lugares al ser apropiados, y la componente ideal o no material presente en la apropiación espacial. De ahí ha resultado la diferenciación entre la apropiación con dominante material y apropiación con dominante ideal. En esta aproximación, se ha revisado la dimensión social, que no era central en los planteamientos de la psicología espacial, más próxima a la perspectiva del individuo. La dimensión social subrayada por la Geografía Social, pero integrando la mencionada dualidad, se aboca a diferenciar la apropiación espacial que se concreta de manera exclusiva por parte de una persona o de un colectivo, o bien de manera autónoma (esto es sin mayores restricciones sociales), dentro de ciertos límites sociales. La apropiación exclusiva se puede ejemplificar con las áreas verdes o de esparcimiento localizadas dentro de unidades habitacionales y fraccionamientos cerrados. Aquí, lo exclusivo se refiere al carácter restringido que supone la localización dentro del conjunto habitacional cerrado. También las áreas destinadas a personas con capacidades diferentes dentro del espacio público o en el transporte público, muestran apropiaciones espaciales exclusivas. Mientras que el carácter autónomo se refiere a la posibilidad de escoger el lugar a apropiar, aunque en el espacio urbano casi siempre existen ciertos niveles de restricción. Un ejemplo, sería el lugar para estacionar un vehículo dentro de un amplio estacionamiento público, las posibilidades de tomar un lugar u otro pueden no estar determinadas (sin asignación previa), y en ello radicaría la autonomía. Aunque, en el espacio público siempre habrá restricciones. En una perspectiva más amplia, la dimensión social destaca el papel del poder y el control en los procesos de apropiación del espacio: una forma de pensar esa incorporación del poder podría hallarse en quién define que se puede apropiar un lugar u otro, dentro de ciertos lugares para ello asignados.

Así, como el concepto de apropiación espacial se enriquece con la inclusión de la dimensión más social que individual, y lo hace aún más cuando también se integra la dimensión temporal: en este horizonte cabe subrayar que es conveniente diferenciar analíticamente la apropiación espacial efímera, como ocurre con lugares del espacio público, o bien una apropiación prolongada en el tiempo. Cuando la apropiación espacial es excluyente de otros y prolongada temporalmente, generalmente se asocia a los espacios privados y se refuerza con la componente jurídica de la propiedad.

En síntesis, la apropiación espacial siempre involucra lo social, porque el acto de hacer propio un lugar es una acción social y por lo mismo, refiere a ciertos actores sociales y a alguna forma de orden social (que puede ser la regulación jurídica u otras) o bien, a alguna forma de puesta en cuestión de dicho orden. Por ello, también resulta frecuente analizar la apropiación espacial a la luz de las desigualdades sociales o de la segregación urbana. Por ejemplo, se suele referir a la apropiación espacial que han concretado ciertos grupos sociales de élite de algunas zonas de las ciudades que en sí mismas son altamente valorizadas en el costo del suelo urbano. Pero, además del costo (que en sí mismo marca desigualdades sociales), quienes allí habitan acceden en la proximidad a servicios urbanos, educativos, de salud, entre otros, de alta calidad, que generan un efecto multiplicador de las diferencias en las condiciones de vida de los allí residentes y los que lo hacen en otros lugares. Así, se profundizan aún más las desigualdades sociales iniciales, dadas por el valor del suelo urbano. En otros casos, la apropiación espacial de ciertas zonas como lugares de residencia, también se asocia con pautas aún más restrictivas que las económicas y socio-económicas, como pueden ser las étnicas y/o religiosas. Entonces, la apropiación espacial profundiza los patrones de segregación urbana.

En síntesis, la apropiación espacial siempre lleva consigo una dimensión material y otra no material, y una duración en el tiempo, extensa en ocasiones, efímera en otras, o también en ciertos intervalos de tiempo, como ocurre con algunos fragmentos de ciudad que son apropiados por unos actores durante el día y para desplegar ciertas prácticas, y por otros actores en el ciclo de la nocturnidad, o en ciertas fechas conmemorativas, para realizar otro tipo de prácticas.

Las ciudades actuales, con la complejidad y heterogeneidad interna que las caracteriza, constituyen territorios particularmente fecundos para indagar las más diversas formas de apropiación espacial, y ellas permiten comprender procesos de cambio socioespacial, o su ausencia, así como conflictos sociales y disputas tejidos en torno al control del territorio. Otras veces, la pérdida de vínculo con el territorio (lo que constituye en esencia, la pérdida de la territorialidad),⁴⁸ conlleva la ausencia de apropiación espacial, que pue-

⁴⁸ Cabe subrayar que la territorialidad es otro concepto clave en esta perspectiva de la concurrencia de lo social y lo espacial. Claude Raffestin, uno de los autores más relevantes en cuanto al desarrollo de una Geografía de las territorialidades, ha fundado su teorización sobre la territorialidad en lo que denomina un sistema tridimensional dado por la sociedad, el espacio y el tiempo, alejándose de las perspectivas etológicas (John Eliot Howard) con las cuales había iniciado el estudio de la territorialidad. Así, Raffestin concibe la territorialidad como las complejas relaciones de un grupo social con su entorno, que es un territorio y también las alteridades que en él habitan y las cosas mismas del lugar, todo en un contexto sociohistórico dado (1977, 1980, 1986, 2012, 2015). Las relaciones que configuran la territorialidad pueden ser relaciones simétricas o más frecuentemente, asimétricas. También son cambiantes en el tiempo y suponen la circulación de información, entre otras la que se obtiene a través de la percepción, lo sensorial. En última instancia, Raffestin ha subrayado que la territorialidad pertenece al ámbito de lo vivido,

de interpretarse como la pérdida de vínculos existenciales entre los sujetos y el territorio, o incluso, el detonante para la conformación de territorios “abandonados” o también denominados paisajes invisibles o paisajes residuales (Nogué, 2007), dentro del tejido urbano.

Anteriormente se subrayó que la apropiación del espacio no solo es una clara expresión de la concurrencia del pensamiento sobre lo social y lo espacial, sino que el interés que ofrece para la investigación en las ciencias sociales actuales también radica en que lejos de constituir un ámbito del conocimiento demarcado, se va desdoblado en otros subámbitos. Este es el caso del estudio de la apropiación espacial como una puerta de entrada al análisis de las disputas y conflictos por la apropiación espacial, sea de un signo o del otro, aunque generalmente las disputas suelen ser por la apropiación con dominante material. Esto suele encontrar un terreno fértil en estudios intraurbanos que analizan la coexistencia en diversos microterritorios, de actores sociales diferenciados en cuánto a sus modos de vida, sus prácticas cotidianas, su tiempo de residencia en el lugar o incluso, su origen étnico, o su condición etaria. También resulta de interés abordar la apropiación espacial y los conflictos que se le asocian cuando la apropiación es realizada en un fragmento de tiempo reducido y por actores diferentes a los que habitan permanentemente el lugar. Este puede ser el caso de la apropiación espacial de ciertas vialidades durante una movilización callejera, o bien, ciertas áreas de una ciudad que son apropiadas de manera esporádica por turistas.

Otros abordajes de la apropiación espacial la han relacionado con los procesos de patrimonialización desarrollada por parte de actores sociales con ciertos niveles de poder, y que así inciden en definir qué debe ser recordado (memoria espacial). En esta perspectiva, Verschambre (2007) plantea que la demolición de áreas urbanas puede ser considerada como un fenómeno opuesto a la apropiación, es decir, como formas de expropiación, y en los

y permite comprender las estructuras profundas de la relación sociedad-espacio-tiempo, mientras que las formas espaciales expresan las estructuras de superficie Raffestin (1977:132-133). Por su parte, en el pensamiento americano, la teorización sobre la territorialidad ha tenido su piedra angular en la conocida obra de Edward Hall (1972:42), para quien la territorialidad es “un fenómeno de comportamiento asociado a la organización del espacio en esferas de influencia o territorios claramente diferenciados y considerados parcialmente exclusivos por sus ocupantes, o por aquellos que los definen”. Esta concepción fue retomada en la Geografía americana por Edward Soja (1971: 30-34), quien consideraba que la territorialidad tiene tres focos, que son la identidad espacial, el sentido de la exclusividad y compartimentación de la interacción humana en el espacio. No obstante, no deben omitirse los relevantes aportes al tema de Robert Sack (1986), en la Geografía americana y para quien el centro de la territorialidad se halla en el control de un territorio. Sack observaba que: “La territorialidad está íntimamente relacionada con las formas en que las personas usan el territorio, cómo organizan el espacio y cómo asignan significados al lugar” (1986:2). Otro referente ha sido el trabajo del ecologista humano Torsten Malmberg (1980), en la Universidad de Lund. No menos relevantes han sido los aportes de Rogerio Haesbaert (2011), o el exhaustivo estado de la cuestión de Marco Saquet (2015), ambos en el contexto de la Geografía brasileña.

que se juega el poder plasmado en políticas urbanas. Estas formas de expropiación serían variantes de la mencionada desapropiación.

Asimismo, la apropiación espacial se puede analizar en cuanto a su capacidad para configurar espacios liminares y de la resistencia (Lindón, 2021): Los espacios liminares son aquellos micro-territorios o ínsulas que devienen en puertas de entrada a lugares diferentes respecto al entorno en el que emergen (Tôres Aguiar Gomes, 2009). A veces son fugaces, otras persistentes, de visibilidades parciales y de muy diversa naturaleza en cuánto a la forma de practicarlos (delictivos, de la sexualidad, del ocio, elitistas, entre otros). Su diferencia con el entorno radica en el perfil de los sujetos que los habitan y las prácticas que en ellos se desarrollan y con las cuáles se configuran esos espacios liminares. Con prácticas específicas, sus habitantes (sean permanentes, frecuentes o esporádicos), se apropian de estos espacios liminares, y los hacen suyos, a través de usos no convencionales del lugar. Manuel Delgado (2007) recurre a una metáfora elocuente para caracterizar a los espacios liminares o intersticiales,⁴⁹ como fisuras del tejido social que se fractura.⁵⁰ Estos micro-territorios se configuran en diversos lugares de las grandes ciudades actuales. De manera particular, resulta relevante revisar la apropiación de microterritorios del espacio circulatorio de la ciudad. Por ejemplo, en la ciudad de México se han identificado espacios liminares que se crean en el sistema de transporte colectivo Metro para la práctica sexual conocida como *cruising* (Turner, 2004): esto es la búsqueda y obtención de sexo gay y anónimo en espacios públicos. Estos espacios liminares emergentes confrontan el orden urbano y la funcionalidad de la infraestructura de dicho transporte —destinada a resolver los grandes desplazamientos cotidianos sobre todo en condiciones de anonimato— al ser apropiados como intersticios para la sexualidad masculina pública (Lindón, 2021). Estas formas de apropiación del espacio en las grandes ciudades actuales ponen en tela de juicio la idea pionera de Perla Serfaty (2003) respecto a la apropiación en términos de la armonía entre una cosa y el uso al que se la destina,⁵¹ o al menos conduce a considerar que dicha armonía puede ser diferente para unos sujetos y otros que habitan un mismo espacio, y dicha diferencia entre las apropiaciones suele generar conflictos y disputas. No obstante, las apropiaciones espaciales que configuran espacios liminares pueden ser de muy diversa naturaleza, no siempre al-

⁴⁹ En estricto sentido no es lo mismo un espacio liminar que uno intersticial. Los primeros se ubican en las fronteras de diversos fenómenos, en tanto que los segundos son huecos o vacíos que pueden permanecer durante diversos lapsos de tiempo sin ser intervenidos. Sin embargo, ambos suelen transmutarse, ya que en las fronteras pueden quedar intersticios (Águila Flores, 2014).

⁵⁰ En este aspecto, Delgado (2007:121) se inspira en “la teoría general de la grieta” de Deleuze, en lo referido a las repentinas pérdidas de equilibrio o fracturas.

⁵¹ Cabe mencionar que la expresión “uso del espacio” y “usuarios del espacio” ha sido fuertemente cuestionada dentro de cierto pensamiento latinoamericano por reducir a los sujetos (y su capacidad de agencia) que habitan el espacio en su cotidianidad, a abstracciones o tipos de habitantes que han sido despojados analíticamente de las especificidades con las que habitan los lugares (Solís Opazo, 2013).

ternativos o de resistencia. La heterogeneidad del espacio urbano practicado de las grandes ciudades, con sus liminaridades siempre presentes, muestra que la apropiación del espacio es un asunto clave para comprender la ciudad siempre y cuando se consideren las diversas apropiaciones que se practican de un mismo lugar por parte de los diversos sujetos que lo habitan. Y esas apropiaciones parecen crecientemente conflictivas.

Otra entrada que se abre a partir a partir del estudio de la apropiación espacial es la configuración de ciertos territorios de la espera (Musset, 2015). Este tipo de territorios pueden resultar de formas de apropiación espacial fuertemente instituidas. Este es el caso de los territorios de la espera demarcados en instituciones hospitalarias (las llamadas salas de espera), en infraestructuras y equipamientos urbanos para viajes (salas de espera de terminales aéreas, de transporte automotor o férreo) o incluso en otro tipo instituciones prestadoras de servicios diversos: Todos ellos son territorios de la espera diseñados y producidos para ciertas formas de apropiación espacial, que en general, los habitantes ponen en práctica de manera más o menos efímera. Sin embargo, en la vida urbana también se configuran otros territorios de la espera que subvierten el orden social y más específicamente, el orden urbano. A estos nos referimos en estas líneas que siguen.

En las grandes ciudades actuales se han conformado territorios de la espera que se pueden identificar como alternativos, y que resultan precisamente de formas de apropiación espacial que realizan ciertos actores, en fragmentos del tiempo cotidiano, que escapan a la funcionalidad del orden urbano en cuestión. Un caso —estudiado en la Ciudad de México (Lindón, 2019)— es la configuración de territorios de la espera efímeros e intermitentes en las grandes vialidades a partir de la congestión vehicular y también siguiendo el ritmo intermitente propio de la circulación vehicular en las grandes avenidas. En estas dinámicas urbanas, cuando se detiene el avance vehicular, suelen emerger formas de apropiación del espacio de las vialidades por parte de actores que ofrecen servicios, venden productos o realizan particulares performatividades. Todo ello está destinado al automovilista que no puede avanzar y por lo mismo espera que se reactive el flujo de la circulación. Las formas de apropiación del espacio vial por parte de grupos de actores que ofrecen productos y servicios configura instantáneamente escenarios de actuaciones diversas, para quien espera en el interior del automóvil. Por eso, se los puede denominar territorios de la espera para quienes están en situación de movilidad en el espacio público. Se trata de territorios de la espera no convencionales y efímeros, que subvierten la funcionalidad del espacio circulatorio y que se concretan por las estrategias de ciertos actores que apropian áreas del espacio circulatorio por breves instantes para hacer una representación casi teatral, que es algo así como una pausa en el movimiento constante que anima dichos espacios circulatorios. Para estos actores, esos escenarios fugaces constituyen un espacio de trabajo donde lo central es la corporeidad (es decir, lo que expresa el cuerpo), aunque para quien está

dirigida la representación es un territorio de la espera, que deviene en espera contemplativa.⁵²

En breve, la espera —en las situaciones presentadas— es una pausa en el tiempo que ocurre en cierto espacio. De modo tal que la pausa se territorializa a través de la inacción de quien espera, y de la apropiación y control de un espacio-tiempo por parte de quien actúa y representa algo jugando con la propia performatividad. Por ello, estas formas de apropiación del espacio subvierten el orden urbano circulatorio de dos formas: tanto por hacer algo en cierto lugar que no está diseñado y habilitado para ello (son prácticas alternativas), como también por configurar un tiempo residual y vaciado de sentido, en un tiempo/espacio de consumo, de contemplación y de reconocimiento de la alteridad. De este modo, estos territorios de la espera alternativos, son efímeros ya que se hacen y deshacen en breves instantes. Y las formas de apropiación espacial que los configuran desafían el ritmo de la vida urbana acelerada, porque se valen del detenerse para expresar algo inesperado en ese espacio/tiempo. Aunque, también reafirman los ritmos acelerados porque se hacen y desaparecen en esa pequeña burbuja de espacio/tiempo dada externamente a la puesta en escena, es decir establecidas por la circulación vial, como puede ser el tiempo de los semáforos. Esta expresión particular reitera lo observado por Italo Calvino acerca de la temporalidad de las sociedades actuales: “la dimensión del tiempo ha sido destrozada, no podemos vivir ni pensar sino en fragmentos de tiempo, cada uno de los cuales sigue su propia trayectoria y desaparece inmediatamente” (1980: 8).

Sin duda alguna, constantemente se configuran muchos otros espacios de la espera en intersticios diversos de la trama urbana. Sin embargo, por ese carácter efímero (temporalmente), intersticial/liminar (espacialmente) y alternativo (socialmente), suelen no generar interés en las ciencias sociales. El estudio de la apropiación espacial puede constituir una vía pertinente para descifrar esos espacios intersticiales y liminares, que de muy diversas formas están conectados orgánicamente con los espacios que no son liminares ni alternativos.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Tal como lo expresara recientemente el geógrafo francés Michel Lussault (2007b: 35): “el ser humano siempre tiene que ver con el espacio”. La espacialidad es inseparable de la vida social, por lo mismo sería deseable que fuera insoslayable para la teoría social. Sin embargo, ésta la ha abordado escasamen-

⁵² En una obra teatral, en esencia, los actores están realizando un trabajo artístico. Sin embargo, ese trabajo suele ser significado desde la perspectiva del espectador; para quien puede ser un tiempo de contemplación, de reflexión, de esparcimiento, de apreciación artística, entre otros.

te, o bien lo ha hecho desde perspectivas frecuentemente reduccionistas: el espacio como localización (el simple *locus*), el espacio como reflejo de la sociedad —es decir, totalmente pasivo y por lo mismo sin ningún papel explicativo del devenir social— o sencillamente el espacio como la referencia empírica. Esto sin mencionar la libre utilización de la palabra “espacio” en las ciencias sociales en sentido amplio, así como las difundidas metáforas cartográficas. Esta crítica respecto del ligero tratamiento del espacio en la teoría social no desconoce que algunas voces relevantes en el medio han incluido al espacio como categoría con cierta capacidad explicativa de lo social: entre los clásicos, sin duda alguna, quien le otorgó mayor fuerza fue Simmel; y entre los contemporáneos son numerosas las voces, como Goffman, Joseph, y buena parte de quienes integran la sociología urbana en sentido amplio. De igual forma son conocidas las disputas de Foucault con el espacio y con los geógrafos, por mencionar aquí sólo algunos nombres.

Por otro lado, la geografía humana se ha dedicado a estudiar la relación espacio/sociedad, más recientemente reconocida como la dimensión espacial de lo social. Sin embargo, la teoría geográfica ha sido poco abierta al diálogo con la teoría social, y al mismo tiempo la teorización de lo espacial muchas veces fue acompañada por concepciones muy simples y reduccionistas, que tampoco eran un buen punto de partida para iniciar ese diálogo.

No obstante, algunas teorías geográficas han sabido apropiarse de las interrogantes actuales más fuertes de la teoría social, para explorar nuevas interpretaciones incluyentes de la espacialidad. En esta perspectiva se ha subrayado el papel de autores como Guy Di Méo en la geografía francófona; o el de la Escuela de Lund y la *Time Geography* dentro de la vertiente anglosajona. De igual forma, cierta parte de la teoría social se ha abierto al diálogo con la geografía. El caso de Anthony Giddens es tal vez el más relevante en términos contemporáneos. Si bien estos acercamientos son aún circunscritos a las reflexiones de figuras clave, y no tanto extensivos al quehacer de los geógrafos y de los sociólogos que anónimamente trabajan en diversos contextos, seguramente la comprensión de las sociedades complejas actuales requiere de la profundización de este tipo de concurrencias teórico-metodológicas.

El tipo de teorías geográficas y sociales que empiezan a concurrir teórica y metodológicamente, parecen encontrar como sustratos compartidos la perspectiva del sujeto, que para las teorías geográficas deviene en sujeto-habitante. Asimismo, comparten el interés por las miradas constructivistas, la integración por lo subjetivo junto con lo material, lo singular y lo biográfico, así como lo cotidiano en tanto emergente de lo social.

En sentido amplio se puede plantear que las teorías sociales constructivistas se enriquecen por la concurrencia con las teorías geográficas también constructivistas, porque integran un aparato teórico más potente analíticamente acerca del espacio vivido, el espacio de vida, el espacio imaginado, el espacio concebido, el territorio, la territorialidad, la memoria espacial, las fan-

tasías geográficas, entre otros conceptos operativos que no habían sido abordados por la teoría social, aunque refieren a aspectos insoslayables de la vida social. Asimismo, las teorías que participan de dicha concurrencia pueden superar los planteamientos del espacio como simple localización, como reflejo pasivo de la sociedad o como escenario donde sólo cuenta lo social que allí ocurre.

Integrar la compleja relación de los sujetos con el espacio es una forma de penetrar en una dimensión de lo social que ha sido bastante invisibilizada por abordajes aespaciales. Por último, la estructuración espacio-temporal que plantea la *Time Geography* muestra que el cruce de lo cotidiano y lo biográfico, de lo individual y lo institucional, sólo es posible en esos fragmentos espacio-temporales que —lejos de ser neutrales, hacen posible e integran lo social que allí se produce o reproduce—. Seguramente, estas perspectivas están lejos de pretender volver a los viejos determinismos geográficos, para los cuales todo se explicaba por el espacio. Más bien, constituyen una forma de comprender las complejas formas en las que lo espacial produce lo social y al mismo tiempo resulta producido por lo social.

Los estudios empíricos de la apropiación del espacio entendida como un aterrizaje multidimensional de la concurrencia de lo social y lo espacial, tienen la virtud de permitir descifrar el potencial de prácticas cotidianas para reafirmar el orden socioespacial, o para resistirlo y esbozar nuevas formas de dicho orden desde la cotidianidad misma y por la agencia de los habitantes. La relevancia de esta perspectiva de la concurrencia de lo social y lo espacial radica en que el orden, o el cambio socioespacial, se construye y emerge desde lo cotidiano. Así, la dimensión espacial de lo social (en estas últimas páginas, revisada en términos de la apropiación espacial) es parte de la reproducción (el orden, lo que permanece) o de la producción socioespacial (el cambio, lo que se transforma o al menos se reconfigura).

De igual forma, este tipo de acercamientos pueden ofrecer un interés adicional a lo mencionado, como es el de constituirse en pasos intermedios (o eslabones) entre las grandes abstracciones y los fenómenos observados en el proceso metodológico de descifrar el mundo. En otras palabras, la entrada analítica a la concurrencia por la vía de la apropiación espacial ha permitido desarrollar andamiajes teóricos de alcance medio, o teorizaciones más específicas o particulares, y así evitar lo que Peter Berger (1974) identificó como los conceptos que asesinan la realidad que pretender estudiar al nombrarla, por constituir abstracciones muy distantes del fenómeno que intenta explicar: la distancia excesiva —o la alta abstracción— requiere del despojo de las especificidades del fenómeno, y en las cuales suele hallarse su sentido profundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Águila Flores, José Luis (2014), *Espacio intersticial: Surgimiento y transformación, Caso: Tonalá, Jalisco en México*, Universidad Internacional de Andalucía, Sevilla.
- Anduze Rivero, Víctor René (2019), "La participación y la apropiación del espacio público como fundamentos del derecho a la ciudad: dos estudios de caso al sur de Mérida, Yucatán", *Península*, vol. XIV, núm. 1, enero-junio, pp. 29-50.
- Bailly, Antoine (1989), "Lo imaginario espacial y la geografía: en defensa de la geografía de las representaciones", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm. 9, pp. 11-19.
- y Hubert Beguin (2000), *Introducción a la geografía humana*, Salvat-Masson, Madrid.
- Bégout, Bruce (2005), *La Découverte du quotidien*, Allia, Paris.
- Bajoit, Guy (2003), *Le changement social. Approche sociologique des sociétés occidentales contemporaines*, Armand Colin, París.
- (2008), "La renovación de la sociología contemporánea", *Cultura y representaciones sociales*, año 3, núm. 5, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, septiembre, <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num5/Bajoit.pdf>
- Berdoulay, Vincent (2002), "Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir", *Boletín de la AGE*, núm. 34, pp. 51-61, <http://www.ieg.csic.es/age/princip.htm>
- y Nicholas Entrikin (1998), "Lieu et sujet : Perspectives théoriques", *Espace Géographique*, núm. 2, pp. 111-121.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1974), "Some second thoughts on substantive versus functional definition of religion", *Journal for Scientific Study of Religion*, vol. 13, número 2, pp. 125-133. DOI: <https://doi.org/10.2307/1384374>
- Bertalanffy, Ludwing von (1976), *Teoría general de los sistemas*, FCE, Madrid-Buenos Aires [(1968), *General System Theory: Foundations, Development, Applications*, George Braziller, Nueva York].
- Bondi, Liz (1990), "¿Feminism, Postmodernism, and Geography: Space for Women?", *Antipode*, núm. 22, vol. 2, pp. 156-167.
- Bourdieu, Pierre (1988), *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- (1999), "Efectos del lugar", *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, pp. 119-124.
- Brooks Gardner, Carol (1994), "Out of Place: Gender, Public Places and Situational Disadvantage", en Roger Friedland y Deirdre Boden (eds.), *Nowhere, Space, Time and Modernity*, University of California Press, pp. 335-355.
- Bunge, William (1962), *Theoretical Geography*, Lund Studies in Geography Series C: General and Mathematical Geography Lund, Gleerup, Sweden.
- (1971), *Fitzgerald: Geography of a Revolution*, Schenkman Pub. Co., Cambridge.

- Buttimer, Anne (1976), "Grasping the dynamism of lifeworld", *Annals of the American Geographers*, vol. 66, núm. 2, junio, pp. 277-292.
- _____ y David Seamon (eds.) (1980), *The Human Experience of Space and Place*, Croom Helm, Londres.
- Calvino, Italo (1981), *If on a Winter's Night a Traveler*, Harcourt Brace Jovanovich, New York [1979, *Se una note d'inverno un viaggiatore*, Torino, Einaudi].
- Cefaï, Daniel (2007), "De la microphysique du pouvoir à l'éthnographie coopérative: itinéraires d'un pragmatiste, Préface", en Isaac Joseph, *L'athlète moral et l'enquêteur modeste*, Économica, París, pp. 1-47.
- Chivallon, Christine (2000), "D'un espace appelant forcément les sciences sociales pour le comprendre", en Jacques Lévy y Michel Lussault (dirs.), *Logiques de l'espace, esprit des lieux: Géographies à cerisy*, Belin, París, pp. 299-318.
- Chombart de Lauwe, Paul-Henry (1976), *Transformations de l'environnement, des aspirations et des valeurs*, CNRS Éditions, París.
- Collignon, Béatrice (1996), *Les inuit: ce qu'ils savent du territoire*, L'Harmattan, París.
- _____ (2001), "Esprit des lieux et modèles culturels. La mutation des espaces domestiques en arctique inuit", *Annales de Géographie*, núm. 620, pp. 383-404.
- Cresswell, Tim (1996), *In Place/Out of Place: Geography, Ideology, and Transgression*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Dardel, Eric (1990), *L'homme et la terre: nature de la réalité géographique*, Editions du CTHS, París.
- Debarbieux, Bernard (1997a), "L'exploration des mondes intérieurs", en Rémy Knafou (dir.), *L'état de la géographie*, Belin, París, pp. 371-384.
- _____ (1997b), "L'acteur et le territoire. Chronique d'un rendez-vous souvent annoncé mais toujours différé", *Montagnes Méditerranéennes*, núm. 5, CERMOSEM, Mirabel, pp. 65-66.
- Delgado, Manuel (2007), *Sociedades movedizas: Pasos hacia una antropología de las calles*, Anagrama, Barcelona.
- Di Méo, Guy (1991), *L'Homme, la société, l'espace*, Anthropos, París.
- _____ (1999), "Géographies tranquilles du quotidien: Une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l'étude des pratiques spatiales", *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 43, núm. 118, abril, pp. 75-93.
- _____ (2000), *Géographie sociale et territoires*, 1998, Nathan, París, 317 pp.
- _____ y Pascal Buléon (2005), *L'espace social: Lecture géographique des sociétés*, Armand Colin, París.
- Foucault, Michel (1984), "Des espaces autres", *Architecture, Mouvement, Continuité*, núm. 5, octubre, pp. 46-49.
- Frémont, Armand (1999), *La région: Espace vécu*, 1976, Flammarion, PUF, París.
- Frémont, Armand, Jacques Chevalier, Robert Hérim y Jean Renard (1984), *Géographie sociale*, Masson, París.
- García Ramón, María Dolores (2006), "Geografía del género", en Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (eds.), *Tratado de geografía humana*, Anthropos/UAM-I, Barcelona, pp. 337-354.

- Garnier, Edwige (2008), "La reterritorialisation de la population pied-noire ou comment conserver un particularisme culturel et identitaire", en Raymonde Séchet, Isabelle Garat y Djemila Zeneidi (dirs.), *Espaces en transactions*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes (Géographie Sociale), pp. 279-292.
- Giddens, Anthony (1993), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1995), *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Gieryn, Thomas (2000), "A Space for Place in Sociology", *Annual Review of Sociology*, núm. 26, pp. 463-496.
- Godelier, Maurice (1989), *Lo ideal y lo material: pensamiento, economías, sociedades*, Taurus, Madrid.
- Gourou, Pierre (1979), *Introducción a la geografía humana*, Alianza, Madrid [primera versión en francés 1973, Flammarion, París].
- Gregory, Derek (1994), *Geographical Imaginations*, Blackwell, Oxford.
- Gumuchian, Hervé, Eric Grasset, Romain Lajarge y Emmanuel Roux (2003), *Les acteurs, ces oubliés du territoire*, Anthropos/Económica, París.
- Guy, Catherine (2008), "Des habitants si (peu) présents: temps étudiants et temps urbains", en Raymonde Séchet, Isabelle Garat y Djemila Zeneidi (dirs.), *Espaces en transactions*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes (Géographie Sociale), pp. 253-268.
- Haesbaert, Rogério (2011), *El mito de la desterritorialización: Del fin de los territorios a la multiterritorialidad*, Siglo XXI, México.
- Hägerstrand, Torsten (1970), "What About People in Regional Science?", *Papers Regional Science Association*, núm. 24, pp. 7-21.
- (1982), "Diorama, Path and Project", *Tijdschrift voor Economische, en Sociale Geografie*, vol. 73, pp. 323-339.
- (2000), "À la quête de l'origine des concepts", en Peter Gould y Antoine Bailly, *Mémoires de géographes*, Anthropos, París, pp. 107-132.
- Hall, Edward T (1972), *La dimensión oculta*, Siglo XXI, México.
- Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón (2004), "Repensar la periferia: de la voz a las visiones exo y egocéntricas", en Adrián Guillermo Aguilar (coord.), *Procesos metropolitanos y grandes ciudades. Dinámicas recientes en México y otros países*, Instituto de Geografía/PUEC/CRIM-UNAM/Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 413-443.
- Isard, Walter (1956), *Location and Space-economy: A General Theory Relating to Industrial Location, Market Areas, Land Use, Trade, and Urban Structure*, Published jointly by the Technology Press of Massachusetts Institute of Technology and Wiley, Cambridge.
- (1960), *Methods of Regional Analysis; an Introduction to Regional Science*, Published jointly by the Technology Press of the Massachusetts Institute of Technology and Wiley, Cambridge.
- (1975), *Introduction to Regional Science*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- Joseph, Isaac (1988), *El transeúnte y el espacio urbano: Ensayo sobre la dispersión del espacio público*, Gedisa, Barcelona.

- Knorr-Cetina, Karim y Aaron Cicourel (1981), *Advances in Social Theory and Methodology: Toward and Integration of Micro and Macro Sociologies*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Lacarrière, Mónica (2007), “La ‘insoponible levedad’ de lo urbano: tensiones y distensiones entre imágenes/imaginarios, prácticas urbanas y el patrimonio material/inmaterial”, *EURE: Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*, vol. XXXIII, núm. 99, agosto, pp. 47-64.
- Lahire, Bernard (1998), *L'Homme pluriel: Les ressorts de l'action*, Nathan, París.
- _____ (2002), *Portraits sociologiques: Dispositions et variation individuelles*, Nathan, París.
- _____ (2006), *El espíritu sociológico*, Manantial, Buenos Aires.
- Le Lannou, Maurice (1949), *La Géographie humaine*, Flammarion, París.
- Lefebvre, Henri (1978), *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona [1967].
- _____ (2013), *La producción del espacio*, Capitan Swing Libros, Madrid [1974].
- Lévy, Jacques (1994), *L'espace légitime: Sur la dimension géographique de la fonction politique*, Presses de la FNSP.
- _____ (1999), *Le tournant géographique: Penser l'espace pour lire le monde*, Belin, París (Mappemonde).
- _____ (2000), “L'exception ordinaire”, en Jacques Lévy y Michel Lussault (dirs.), *Logiques de l'espace, esprit des lieux: Géographies à cerisy*, Belin, París, pp. 333-342.
- Lindón, Alicia (2007a), “Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales”, *EURE: Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, vol. XXXIII, núm. 99, agosto, pp. 31-46.
- _____ (2007b), “El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas”, *Revista de Geografía Norte Grande*, Pontificia Universidad Católica de Chile, núm. 37, pp. 5-21.
- _____ (2007c), “La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos: a modo de introducción”, *EURE: Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile, vol. XXXIII, núm. 99, agosto, pp. 7-16.
- _____ (2008a), “De las geografías constructivistas a las narrativas de vida espaciales como metodologías geográficas cualitativas” (“O estado da arte da geografia”), *Revista da ANPEGE*, diciembre de 2008, vol. 4 de 2008, pp. 3-27.
- _____ (2011), “Las narrativas de vida espaciales y los espacios de vida”, en Beatriz Nates y Felipe César Londoño (coords.), *Memoria, espacio y sociedad*, Anthropos, Barcelona, pp. 13-32.
- _____ (2019), “Imaginarios urbanos de la espera, temporalidades y territorializaciones”, Paula Vera; Ariel Gravano y Felipe Aliaga (eds.), *Ciudades In(descifrables): Imaginarios y representaciones sociales de lo urbano*, Red Iberoamericana de investigaciones en imaginarios y representaciones / Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires-Universidad Santo Tomás, Bogotá, pp. 41-62.
- _____ (2021), “Liminal spaces and resistance in Mexico City: Towards an everyday global urbanism”, Michele Lancione y Colin McFarlane (eds), *Global Urbanism:*

Knowledge, Power and the City, Routledge, Londres, pp. 156-165. doi: <https://doi.org/10.4324/9780429259593>

- Lussault, Michel (2007a), *L'homme spatial: la construction sociale de l'espace humain*, Seuil, París.
- (2007b), “Habiter, du lieu au monde: Réflexions géographiques sur l'habitat humain”, en Thierry Paquot, Michel Lussault y Chris Younès (dirs.), *Habiter. Le propre de l'humain*, La Découverte, París, pp. 35-51.
- Malmberg, Torsten (1980), *Human Territoriality*, Mouton Publishers, Great Britain.
- Muñan Valencia, Daniel Iván y Martha Cecilia Miker Palafox (2019), “La apropiación de espacios públicos en un contexto de violencia: Ciudad Juárez, Chihuahua, México”, *Clivajes. Revista de Ciencias Sociales* (ISSN: 2395-9495), año VI, núm. 12, julio-diciembre.
- Martuccelli, Danilo (2006), *Forgé par l'épreuve: L'individu dans la France contemporaine*, Armand Colin, París.
- (2007), *Gramáticas del individuo*, Losada/Océano, Buenos Aires [(2002), *Grammaire de l'individu*, Gallimard, París].
- (2009), “La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas”, *Papeles del CEIC*, núm. 51, www.identidadcolectiva.es/pdf/51.pdf (consultado el 1 de agosto de 2010).
- McDowell, Linda (2000), *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Cátedra/Universitat de Valencia/Instituto de la Mujer, Madrid.
- Mendoza, Cristóbal (2006), “Geografía de la población”, en Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (dirs.), *Tratado de geografía humana*, Anthropos/UAMI, Barcelona, pp. 147-169.
- Musset, Alain (2015), “De los lugares de espera a los territorios de la espera. ¿Una nueva dimensión de la geografía social?”, *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, vol. 61/2, pp. 305-324, <http://dx.doi.org/10.5565/rev/dag.315>
- Nogué, Joan (2007), (ed.), *La construcción social del paisaje*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Olsson, Gunnar (1997), “Misión imposible”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm. 17, pp. 39-51.
- Pol, Enric (1988), *La psicología ambiental en Europa: análisis sociohistórico*, Anthropos, Barcelona.
- (1996), “La apropiación del espacio”, L. Íñiguez y E. Pol (eds.), *Cognición, representación y apropiación del espacio*, Col·lecció Monografies Psico-Socio-Ambientals, vol. 9, Publicacions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, pp. 45-62.
- (2002), “El modelo dual de la apropiación del espacio”, R. García Mira, J.M. Sabucedo y J. Romay (eds.), *Psicología y Medio Ambiente. Aspectos psicosociales, educativos y metodológicos*, Asociación galega de estudios e investigación psicosocial, La Coruña, pp.123-132.
- Pred, Allan (1977), “The Choreography of Existence: Comments on Hägerstrand's Timegeography and its Usefulness”, *Economic Geography*, vol. 53, núm. 2, abril, pp. 207-221.

- Pred, Allan (1981), "Social Reproduction and the Time-Geography of Everyday Life", *Geografiska Annaler, Series B, Human Geography*, vol. 63, núm. 1, pp. 5-22.
- _____ (1984), "Place as Historically Contingent Process: Structuration and the Timegeography of Becoming Places", *Annals of Association of American Geographers*, vol. 74, pp. 279-297.
- _____ (1985), "The Social Becomes the Spatial, the Spatial Becomes the Social: Enclosures, Social Change and the Becoming of Places in Skane", en Derek Gregory y John Urry (eds.), *Social Relations and Spatial Structures*, St. Martin's Press, Nueva York, pp. 337-365.
- _____ y Michael Watts (1992), *Reworking Modernity: Capitalism and Symbolic Discontent*, Rutgers University Press, Rutgers.
- Raffestin, Claude (1977), "Paysage et territorialité", *Cahiers de Géographie du Québec*, 21(53-54), pp. 123-134.
- _____ (1986), "Ecogenèse territoriale et territorialité", en Franck Auriac y Roger Brunet (eds.), *Espace, jeux et enjeux*, Fayard/Fondation Diderot, París, pp. 173-185.
- _____ (2011), *Por una Geografía del Poder*, El Colegio de Michoacán, México [1980, *Pour une géographie du pouvoir*, Libraires techniques, París].
- _____ (2012), "Space, territory, and territoriality", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 30, pp. 121-141, doi: <http://dx.doi.org/10.1068/d21311>
- Rapaport, Roy (1980), *Antropología ecológica*, Anagrama, Barcelona.
- Raymond, Henri; Marie-Geneviève Dezès; Nicole Haumont; Antoine Haumont (2001), *L'habitat pavillonnaire*, Editions L'Harmattan, París [1966].
- Relph, Edward (1976), *Place and Placelessness*, Pion, Londres.
- Remy, Jean, Liliane Voyé y Emile Servais (1980), *Produire ou reproduire?, Une sociologie de la vie quotidienne*, t. 2, Editions Vie Ouvrière, Bruselas.
- Ripoll, Fabrice (2006), "Du rôle de l'espace aux théories de l'acteur (aller-retour)", en Raymonde Séchet y Vincent Veschambre (dirs.), *Penser et faire la géographie sociale: Contributions à une épistémologie de la géographie sociale*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, pp. 194-210.
- Ripoll, Fabrice y Vincent Veschambre (2005), "Introduction: L'appropriation de l'espace comme problématique", *Noréis*, núm. 195/2, pp. 1-10.
- Rochefort, Renée (1961), *Le travail en Sicile: Étude de géographie sociale*, PUF, París.
- _____ (1963), "Géographie sociale et sciences humaines", *Bulletin de l'Association des Géographes Français*, núms. 314-315, pp. 18-32.
- Rose, Gillian (1994), *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge*, Polity Press, Cambridge.
- Rowles, Graham y Habib Chaudhury (eds.) (2005), *Home and Identity in Late Life: International Perspectives*, Springer Publishing Co., Nueva York.
- Sack, Robert (1986), *Human territoriality: its theory and history*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Sabaté, A., A. Rodríguez y J. M. Díaz (1995), *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género*, Síntesis, Madrid.
- Santos, Milton (1990), *Por una geografía nueva*, Espasa Calpe, Madrid.

- Santos, Milton (2000), *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo. Razón y emoción*, Ariel, Barcelona.
- Saquet, Marcos (2015), *Por una geografía de las territorialidades y las temporalidades Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Seamon, David (2015), *A Geography of Lifeworld: Movement, Rest and Encounter*, Routledge Revivals, Londres.
- Séchet, Raymonde (1998), “Des espaces de la pauvreté aux terres d’exclusion. Dix ans de géographie sociale”, en R. Hérin y C. Muller (dirs.), *Espaces et sociétés à la fin du xx^e siècle: Quelles géographies sociales?*, Les Documents de la MRSB, núm. 7, Caen, pp. 195-214.
- (2008), “Introduction”, en Raymonde Séchet, Isabelle Garat y Djemila Zeneidi (dirs.), *Espaces en transactions*, Presses Universitaires de Rennes (Géographie Sociale), Rennes, pp. 7-26.
- , Isabelle Garat y Djemila Zeneidi (dirs.) (2008), *Espaces en transactions*, Presses Universitaires de Rennes (Géographie Sociale), Rennes.
- Serfaty-Garzon, Perla (2003), *Chez soi: Les territoires de l’intimité*, Armand Colin, París.
- (2003), *Dictionnaire critique de l’habitat et du logement*, Sous la direction de Marion Segaud, Jacques Brun, Jean-Claude Driant Paris, Editions Armand Colin, pp. 27-30.
- (2016), “Les territoires de l’enfance dans l’espace familial. De l’enfant récepteur à l’enfant prescripteur”, *Enfance et Psy*, núm. 72, Dossier «Maison d’enfance: habitants et invités», pp. 29-42, DOI: <https://doi.org/10.3917/ep.072.0029>
- (2018), “Habiter sa vieillesse, habiter sa maison: de la transformation du sens aux stratégies”, Lord, S. et Piché, D. (direction), *Vieillesse et aménagement. Perspectives plurielles*, Les Presses de l’Université de Montréal, Montréal, pp. 39-54.
- (direction) (2006), *Chez-soi. Chez les autres*, Bayard Canada, Montréal.
- (ed.) (1976), *L’appropriation de l’espace, Actes de la 3^{ème} Conférence Internationale de Psychologie de l’espace construit*, Strasbourg, p. 650.
- Simonsen, Kirsten (2007), “Practice, Spatiality and Embodied Emotions: A Outline of a Geography of Practice”, *Human Affairs*, núm. 17, pp. 168-181.
- Soja, Edward (1971), *The political organization of space*, Association of American Geographers, Commission on College Geography, Resource Paper, núm. 8, p. 54.
- Solís Opazo, José (2013), *La derrota de lo cotidiano: Elementos para una ontología política del diseño contemporáneo*, Universidad Central, Santiago.
- Stock, Mathis (2004), “L’habiter comme pratique des lieux géographiques”, *Espacestemp.net*, Textuel (18-12-2004).
- y Philippe Duhamel (2005), “A Practice-Based Approach to the Conceptualisation of Geographical Mobility”, *BELGEO-Revue Belge de Géographie*, núm. 1-2, pp. 59-68.
- Thrift, Nigel (2004), “Movement-Space: Changing Domain of Thinking Resulting from the Development of New Kinds of Spatial Awareness”, *Economy and Society*, vol. 33, núm. 4, pp. 582-604.

- Thrift, Nigel (2005), "Torsten Hägerstrand and Social Theory", *Progress in Human Geography*, vol. 29, núm. 3, pp. 337-340.
- _____ y Allan Pred (1981), "Time-Geography: A New Beginning (A Reply to Alan Baker's Historical Geography: A New Beginning)", *Progress in Human Geography*, vol. 5.
- Tôres Aguiar Gomes, Edvânia (2009), "Espacios liminares – el frecuente enfrentamiento entre formas, contenidos y procesos de y en la gestión socioambiental del espacio urbano", *Revista de la Facultad de Trabajo Social UPB*, 25 (25), pp. 90-105.
- Tuan, Yi-Fu (1975), "Place: An Experiential Perspective", *Geographical Review*, vol. 65, núm. 2, abril, pp. 151-165.
- _____ (1977), *Space and Place: The Perspective of Experience*, University of Minnesota, Minneapolis.
- _____ (1996), "Space and Place: Humanistic Perspective", en John Agnew, David N. Livingstone y Alisdair Rogers (eds.), *Human Geography: An Essential Anthology*, Blackwell, Cambridge, pp. 444-457.
- _____ (2007), *Topofilia: un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*, Melusina, Barcelona [*Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1974].
- Veschambre, Vincent (2006), "Penser l'espace comme dimension de la société: Pour une géographie sociale de plain-pied avec les sciences sociales", en Raymonde Séchet y Vincent Veschambre (dirs.), *Penser et faire la géographie sociale: Contributions à une épistémologie de la géographie sociale*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, pp. 211-227.
- _____ (2007), "Patrimoine: un objet révélateur des évolutions de la géographie et de sa place dans les sciences sociales", *Annales de géographie*, vol. 4, núm. 656, pp. 361-381, DOI: <https://doi.org/10.3917/ag.656.0361>
- Vidal Morant, Tomeu; Enric Pol Urrútia (2005), "La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares", *Anuario de Psicología*, vol. 36, núm. 3, pp. 281-297.
- Werlen, Benno (1993), *Society, Action and Space: An Alternative Human Geography*, Routledge, Londres [*Sozialgeographie*, Aufl., Haupt Verlag, 1988].
- _____ (2003), "Géographie culturelle et tournant culturel", *Géographie et Cultures*, núm. 47, pp. 7-27.
- Zeneidi-Henry, Djemila (2002), *Les SDF et la ville: géographie du savoir-survivre*, BREAL, París.
- _____ (2008), "Ce n'est pas nous qui sommes à la rue, c'est la rue qui est à nous. Pour une autre lecture de l'espace à partir des modes d'appropriation des espaces publics par les sans domicile fixe", en Raymonde Séchet, Isabelle Garat y Djemila Zeneidi (dirs.), *Espaces en transactions*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes (Géographie Sociale), pp. 208-278.